La conquista del ESPACIO

LA DIOSA HUMANOIDE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

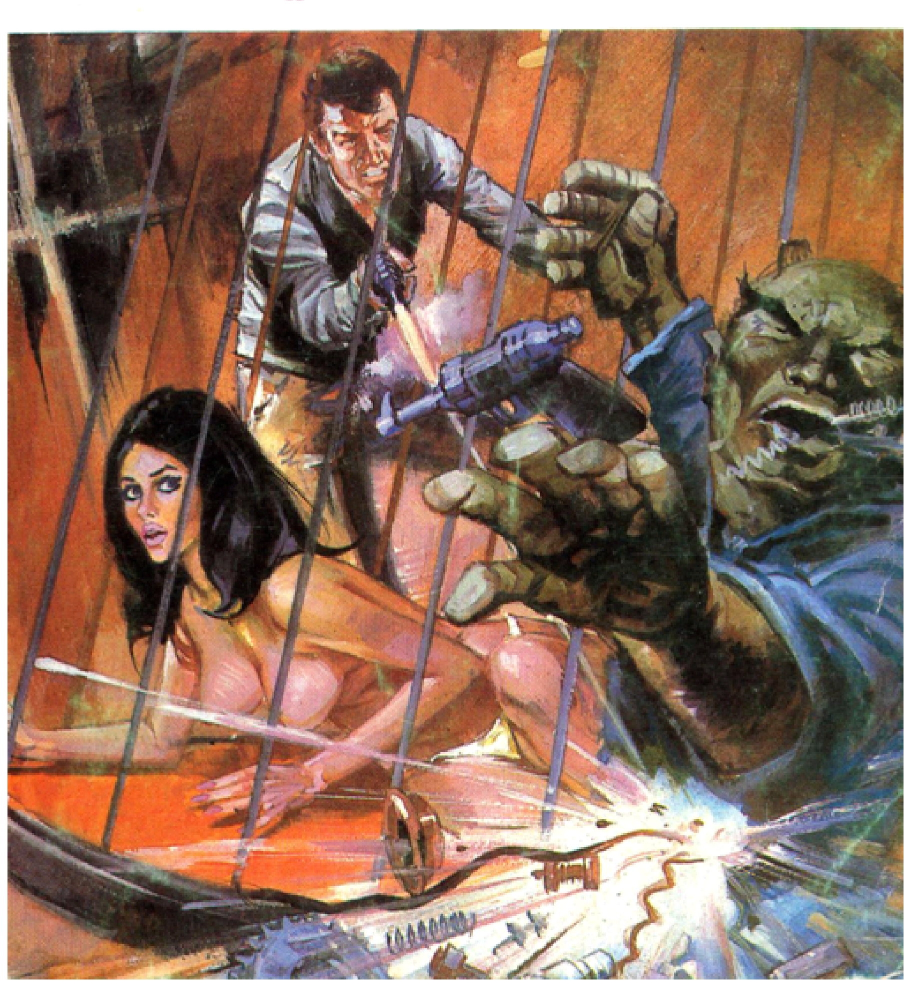


La conquista del ESPACIO

LA DIOSA HUMANOIDE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

508— Colmillos en la Galaxia, *Ralph Barby*

509—El comprador de aventuras, *Glenn Parrish*

510— La necrópolis del Espacio, *Joseph Berna*

511— El planeta-hombre, *Clark Carrados.*

512— Los mercenarios del tiempo, *A. Thorkent*

513— Esclavos para Kobrac, *Joseph Berna*

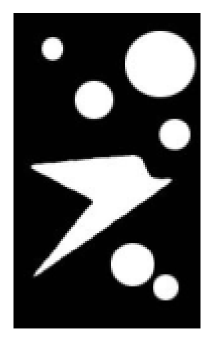
RALPH BARBY

LA DIOSA HUMANOÍDE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n ° 514

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 18.018 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

El mayordomo con librea ajustó la túnica de línea griega al doctor Polask. Los rizos blancos del mayordomo, al estilo versallesco, eran, impecables.

Las líneas estéticas del mayordomo y el doctor Polask contrastaban de una forma brutal; sin embargo, en el ambiente en que se desenvolvían, allí en el atrio de la amplia mansión, era algo natural.

—Gracias, George.

—A sus órdenes, doctor Polask.

Una carroza descubierta y tirada por dos espléndidos caballos blancos aguardaba al pie de la escalinata. Un cochero con alto sombrero de copa esperaba en el pescante con el látigo a punto.

El doctor Polask, un hombre de elevada estatura, abundante cabello blanco esponjado y una recortada barba del mismo color, se acomodó en el asiento de la carroza y dijo:

—Adelante.

El látigo restalló en el aire y los caballos iniciaron un trote brioso y bello a la vez.

El carruaje se internó por un prado en el que pastaba una aislada familia de ciervos, que levantaron sus respectivas cabezas para clavar sus ojos en aquel vehículo que turbaba su paz durante unos momentos.

El silencio era un placer que se palpaba; sólo quedaba roto ahora por el ruido del carruaje, que más que rodar semejaba deslizarse por un sendero de gravilla perfectamente rastrillada.

El camino se internó por un bosquecillo en el que gorjeaban los pájaros; podía oírse el canto del cucú, el picoteo del pájaro carpintero y el graznido lejano de alguna urraca, molesta por alguna ignorada causa. Una ardilla se deslizó por una rama y se detuvo al extremo de la misma para posar sus manos en una piña.

El doctor Polask transpiraba paz, casi éxtasis en aquel paseo bucólico. Cualquiera hubiese dicho que era el anciano más feliz de la Galaxia. Era un hombre que creía tener motivos para sentirse satisfecho de sí mismo y su vejez era más aparente que real, pues, en

su opinión, le quedaba cuando menos un siglo de vida terrícola.

Dejó atrás el bosquecillo y se introdujo por lo que parecían unas ruinas griegas cuidadísimas. Columnas, pilastras, capiteles níveos emergiendo entre la hierba verde y frondosa.

Cada pieza era en sí misma algo hermoso y más destacando sobre el verde de la hierba que tapizaba el suelo.

El doctor Polask tenía allí copias exactas de las más famosas estatuas de la Grecia antigua.

El camino ascendía por tan bello paraje. En lo alto de lo que parecía una colina, había un templo también de línea griega. El carruaje se detuvo frente al atrio; el cochero puso el freno y fue el propio doctor Polask quien se abrió la portezuela y descendió de la carroza.

Subió las amplias escalinatas mientras decía, como si tuviera a alguien delante:

—Diana, Diana, ¿me oyes? Vengo a ti…

Cuando el doctor Polask se internó en el templo de altas columnas y en consecuencia elevado y sólido techo, desapareció de la pantalla en la que estaba siendo observado.

—Es un loco —gruñó Potter, el terrícola.

—Pero es único, nadie puede igualársele. ¿No es cierto?

El comandante Potter asintió con la cabeza a las palabras del emperador de los seres de Sewion.

—Sólo el doctor Polask puede convertir en realidad la genial idea de su majestad.

—Sí, sí; es una idea magnífica, eso es indiscutible —aceptó, pagado de sí mismo, el emperador de Sewion.

—Fíjense que cada ser vivo que rodea al doctor Polask es perfecto.

—Sí, realmente hay belleza en cada uno —admitió el emperador.

El coronel Xarloc, hombre de confianza del emperador, objetó:

—Habría que colocar a su lado a otros para comparar.

—Los ciervos son máquinas perfectas, lo mismo que los pájaros y las ardillas; ¿y qué decir de los caballos?

—Nadie diría que son robots con aspecto de caballo, meticulosamente programados para actuar como corceles.

—¿Y los humanoides que le sirven? —inquirió el comandante Potter, receloso y dubitativo.

—No hay ningún humano, ningún animal vivo en torno al doctor Polask, todo es obra suya, pero la perfección de las perfecciones es Diana.

—¿La diosa del templo? —preguntó el emperador de los seres de Sewion, algo más altos que los terrícolas y también más fornidos, con rostros más angulosos a excepción de la nariz, que no tenía dos orificios, sino una membrana que podía parecer una rejilla filtrante.

El color de su piel iba del morado al negro en algunos puntos de su cuerpo carente de vello, con algunas cortezas duras que protegían las articulaciones.

—¿Cómo es esa Diana que él considera su obra cumbre? —preguntó el coronel Xarloc, el hombre de confianza del emperador Cromdow y a la vez el ser más temido del imperio de Sewion después del propio emperador.

—Nadie la ha visto de cerca, pero es su obra maestra —insistió el comandante Potter—. Ustedes, los sewionícolas, no conocen la cultura terrícola.

El emperador se volvió hacia el comandante Potter y en un tono que podía ser irónico, con su voz siseante, puntualizó:

—Conocemos más cosas sobre los terrícolas de lo que ustedes pueden imaginar.

—¿Conoce el mito de Pigmalión?

—¿Pigmalión y Galatea?

—Sí, eso es.

—¿Eso no es una obra de...? —el emperador se puso pensativo.

El comandante terrícola concretó:

—George Bernard Shaw escribió una obra inspirándose en esa leyenda.

—Ah, sí, Bernard Shaw —asintió el emperador—. Tengo tantos datos en mi cerebro que en ocasiones debo recurrir a la memoria de la computadora, pero usted ha hecho innecesario el trabajo. ¿Qué decía sobre Pigmalión y Galatea?

—El escultor se enamoró de su propia obra. Ese mito se convierte en realidad cuando el que toma el papel de Pigmalión, aun sin saberlo, es un artista o un científico. La obra conseguida no ha de ser forzosamente siempre algo bello y asequible a todos. Un investigador teórico puede enamorarse de una complicada fórmula, que quizá sólo él entiende, y un científico práctico lo hace de una nave que supera a todas las demás en velocidad o en posibilidades de traslación. Un pintor puede enamorarse de un cuadro, un escultor dé su escultura, sea o no femenina... En realidad, me parece que son narcisos que se enamoran de sí mismos, de su propio saber y bien hacer y lo expresan enamorándose casi físicamente de su obra. Es posible que ustedes no entiendan estos razonamientos, pero el doctor Polask está enamorado de Diana, la robot humanoide creada por su inteligencia y también por sus manos. Y estoy seguro de que su amor es tan grande, que antes preferiría perder la vida que destruir su obra.

—No lo entiendo —dijo el coronel Xarloc—. Si destruyen su hembra humanoide, puede construir otra. No deja de ser un robot biónico más o menos perfecto; pero, al fin y al cabo, un robot biónico.

—Si creara otra Diana, no sería la misma. Quizá ya no pueda crearla por algo que nosotros desconocemos y que él no quiere revelar.

—Bien; de todos modos, probaremos —dijo el emperador sewionícola.

—Hay que tener mucho cuidado en la forma de aproximación. Ese doctor Polask es un científico muy inteligente y tendrá detectores.

—Ese detalle lo solucionará nuestra computadora de a bordo calculando las coordenadas para hallar la perpendicular del centro de la esfera.

—Eso es muy difícil de conseguir. Si descendemos con una perpendicular perfecta, los sensores terrestres tendrán el mínimo tiempo de captación.

—La nave imperial —comenzó a decir el propio emperador— se mantendrá en intercesión entre el planeta Tierra y Júpiter, de tal modo que si algún sensor nos detecta, creerá que detecta al planeta Júpiter y la computadora correspondiente descartará el peligro. Luego

una lanzadera de aproximación descenderá hasta el paraíso artificial del doctor Polask con una patrulla armada.

—Si la hembra humanoide ha de esclavizar a ese doctor terrícola, no dude su majestad que pronto estará a bordo de la nave imperial; y me encargaré de ello —dijo rotundo el coronel Xarloc, con su voz también siseante, como todos los sewionícolas.

—Espero que no se cometa ningún falto, coronel. Esa robot humanoide no debe sufrir el menor deterioro.

El comandante terrícola Potter insistió:

—Si la humanoide llamada Diana sufre un deterioro, jamás conseguirán la colaboración del doctor Polask; todo lo contrario. Su odio sería terrible contra quienes destruyeran su obra.

—Coronel Xarloc, le hago responsable de la captura de esa hembra humanoide y de su perfecto estado.

—Hemos estudiado la forma de capturar humanos terrícolas y la hembra humanoide no sufrirá daño alguno.

—Es mejor que no destruyan nada del paraíso del doctor Polask, nada —insistió Potter—. Hemos de evitar posibles sospechas posteriores. El plan de su majestad está basado en el ultrasecreto y la sorpresa.

La orden estaba dada. La computadora de orientación se puso en marcha, mientras era seleccionado un equipo de especialistas sewionícolas.

El propio emperador preguntó al comandante Potter:

—¿Quiere descender con ellos?

—No, no, majestad. Si no le molesta, prefiero seguir los sucesos desde aquí, a bordo de la nave imperial. Sus telecámaras son de una gran perfección y la imagen tridimensional de la pantalla me permitirá ver cuanto suceda mejor que si estuviera presente.

—Lo que no desea es que el doctor Polask vea a un terrícola junto a los sewionícolas, ¿no es cierto?

—Vuestra majestad siempre acierta.

—Comandante Potter, si todo sale bien, será usted mi eterno asesor para los asuntos terrícolas.

—Cuento con ello, majestad.

Se abrió una boca de la macronave interestelar del planeta Sewion, gobernada por el propio emperador Cromdow, el más temible y expansionista de los emperadores que había tenido el imperio sewionícola.

El silbido emitido por la lanzadera dejó de oírse al entrar ésta en contacto con el espacio exterior.

La pequeña nave comando descendió en perpendicular sobre el paraíso del doctor Polask, gracias a las perfectas mediciones de la computadora de orientación. El sistema de pintado de su fuselaje absorbía los rayos que podían enviar desde la Tierra para detectarla, rayos que parecían perderse en el espacio como si nada encontraran a su paso.

Cruzó la ionosfera, penetró en la estratosfera y gracias a su sistema de supraautorrefrigeración, no despidió ondas térmicas que la delataran.

El vehículo lanzadera se detuvo sobre la bóveda del templo de Diana. De inmediato, los comandos sewionícolas saltaron gracias a los autocohetes que llevaban sujetos a la espalda, pequeños, pero muy efectivos y potentes.

El coronel Xarloc, comandante del grupo, les vio saltar rodeando el templo, sin dejar ninguna escapatoria. Luego saltó él y lo hizo delante del trío.

—¡Vigilad que no pueda escapar! —gritó el coronel Xarloc. Llevaba en su diestra una extraña arma que podía parecerse a una pistola supraultrasónica.

Entró en el templo con tres elementos de su comando. Una música lo llenaba todo y ahogaba cualquier ruido que pudiera llegar del exterior del templo.

Descubrieron al doctor Polask recostado en un triclinio, contemplando a la diosa Diana, que danzaba para él.

La belleza de aquella supuesta hembra terrícola era hechizante. Una túnica de gasa la envolvía, dejando ver todos sus atributos femeninos mientras danzaba y danzaba, haciendo flotar sus largos cabellos en el aire.

Cualquier mortal terrícola quedaría subyugado por aquella Diana que evolucionaba al compás de la extraña sinfonía que semejaba

brotar del interior de las columnas y de los elevados techos.

El alto coronel Xarloc apuntó a la diosa Diana, sin que el doctor Polask se hubiera percatado aún de la llegada de los intrusos, y disparó su arma.

Brotó un rayo morado, que alcanzó a Diana y la envolvió en espiral, como encerrándola en una angosta jaula de rayos. La sensual y subyugante Diana debilitó sus movimientos como apagándose, doblando poco a poco sus rodillas, mientras el doctor Polask, estupefacto, saltaba del triclinio y se ponía en pie, volviendo la cabeza hacia quien acababa de disparar el desconocido rayo morado.

—Insensato, ¿qué ha hecho usted?

—Tranquilícese, doctor Polask —le dijo el coronel Xarloc, mientras sus hombres corrían hacia Diana, que acababa de quedar tendida sobre el suelo de grandes losas marmóreas—. A la humanoide terrícola no le sucederá nada a menos que usted lo desee.

—¡Si la han afectado en algo, exigiré responsabilidades!

—No vaya hacia ella, doctor Polask, a menos que quiera que mis guerreros la destruyan.

—No, no lo hará; no puedo hacerlo.

—Sujetadla con cuidado, no debe recibir ni una sola rozadura —ordenó el coronel Xarloc a sus hombres.

Sacaron unas parihuelas desmontables y la colocaron sobre ellas, mientras el coronel Xarloc cogía por el brazo al doctor Polask.

—Tranquilícese. Sólo está sin energía; bastará colocarle una carga nueva para que vuelva a danzar para usted, su creador.

—¡Exijo que la dejen en paz, ya me ocuparé yo de activarla de nuevo!

—No grite, doctor Polask, nada conseguirá. Mis hombres cuidarán de ella. Ahora, venga afuera, hay algo interesante que debe ver con sus propios ojos.

—Yo no tengo nada que ver afuera. Ustedes, los seres de Sewion, porque sé quiénes son, no son bien recibidos aquí. ¿Cómo han conseguido pasar los controles.

El coronel Xarloc, en vez de responderle, lo cogió del brazo y lo

sacó a empellones hasta el atrio.

Frente al templo, los comandos de Sewion estaban preparando una montaña de leña en torno a un tronco alto y recto. Con sus armas, habían cortado los árboles del bosque vecino y a nave lanzadera los había transportado ya conseguida la sorpresa. Todo se realizaba con gran rapidez y meticulosidad. Cada uno de aquellos guerreros de Sewion tenían controlados todos sus movimientos.

—¿Qué van a hacer? —inquirió el doctor Polask.

—¿Qué le parece una hoguera?

—¿Una hoguera?

—Si, ustedes los terrícolas han utilizado este medio para quemar a sus brujas, a sus endemoniados y a quienes les molestaban a lo largo de su historia. Es un método tan primitivo como desagradable de ejecutar.

—¿Ejecutar? ¿A qué viene esa horrenda palabra?

—Sé que desde hace diez siglos está abolida la pena de muerte en la Confederación Terrícola; embargo... —Volvió la cara hacia sus hombres y ordenó—: ¡El cochero arriba!

Dos cocheros subieron a la carroza y sacaron al cochero, que no opuso resistencia, ni siquiera se le cayó el sombrero de copa con que cubría su cabeza. Lo colocaron sobre la montaña de leña y lo sujetaron al poste con unas anillas.

—¡Eso que van a hacer es monstruoso! —chillo el doctor Polask.

—No **es** un humano terrícola, sino un robot.

—¡Para mí, como si fuera humano!

—Sí, sí, ya sé que siente un gran afecto por cualquiera de sus animalitos animados, esos caballos que parecen seres vivos y no son más que robots perfectos...

Desenfundó su pistola y movió un resorte, graduándolo. Disparó a la base de la hoguera en la cual se produjo una llama que prendió en los leños, en aquellos árboles que habían sido troceados rápidamente con armas sofisticadas.

La llama se multiplicó y todas crecieron, envolviendo la figura del cochero humanoide, que con levita y chistera permanecía quieto,

como esperando una orden, estoico e impasible ante su fin.

—¡No, no, es horrible! —gritó, como si el fuego le quemara a él mismo.

—¿Qué le ocurre, doctor Polask? Me habían contado que amaba usted mucho a los seres artificiales que creaba, sintiéndose como un pequeño dios, pero no sabía hasta qué punto llegaba ese amor. Es como si lo estuvieran quemando vivo a usted.

—¡Por favor, libérelo, libérelo! —gritó el doctor Polask, sacudiendo su cabeza, venerable por la inteligencia y la edad.

El fuego envolvió totalmente al cochero humanoide hasta prender en sus ropas, que ardieron y se rompieron. Los retazos, ardiendo, se elevaron en espiral, succionados por la columna de aire caliente que ascendía. La chistera se convirtió en una antorcha sobre la cabeza del humanoide, que ennegreció y sus resortes comenzaron a saltar a través de la piel artificial.

—¡Son ustedes unos criminales!

—Su humanoide ha sido destruido en la hoguera, un espectáculo impresionante. Por cierto, lo estábamos grabando en videotape tridimensional para que usted pueda solazarse con esta visión tantas veces como quiera. Será un regalo del emperador para usted.

—¡Me vengaré de esto, lo juro!

—Antes de lanzar juramentos, vamos a preparar una segunda hoguera.

—No.

—¿Qué le parece si subimos a la hoguera a la bella diosa Diana?

—¡No, no, eso jamás, antes mátenme a mí!

—Sólo usted puede salvarla de la hoguera, doctor Polask.

—¿Cómo, cómo? —inquirió suplicante, poniéndose de rodillas ante el miliciano del imperio de Sewion.

—Haciendo todo lo que nuestro emperador, el gran Cromdow, le pida. Sólo así salvará a su Diana de la hoguera. —Se volvió hacia sus hombres para ordenarles, mientras el anciano permanecía de rodillas en actitud de sometimiento y derrota—: ¡Todos a la nave!

CAPITULO II

Alios Koel pisó fuerte con sus botas de media caña y color negro el piso pulido y brillante como un espejo del macro-hall de las recepciones en el Ministerio de Asunto Espaciales del gobierno de la Confederación Terrícola.

El macro-hall era tan grande, que una nave espacial habría podido despegar en vertical dentro de él y dar vueltas en círculo. Gigantescos ventanales policromos sustentaban la gigantesca bóveda capaz de soportar la caída de un meteorito de regular tamaño y dejaban pasar la luz de los ocho soles artificiales que iluminaban el edificio desde el exterior.

En aquel enorme vestíbulo, muchos terrícolas iban de un lado a otro buscando en las máquinas y mostradores cuanto necesitaban.

Se acercó a la recepción automática. De las cuatro docenas de pantallas, había ocupadas casi las tres cuartas partes. Alios Koel se enfrentó con una de ellas e introdujo una moneda en la ranura tal como indicaba un pequeño rotulo.

La máquina automática de recepción se tragó la moneda magnetoplástica y se iluminó la pantalla. Apareció el rostro de una bella muchacha, que dijo:

—Tiene tres minutos para exponer su petición, todo cuanto diga será cursado automáticamente. Se le indicará bajo la pantalla el tiempo que deberá esperar para obtener la respuesta. El tiempo empieza a contar, sea breve.

—Malditas máquinas... Bueno, eso lo borra. Me llamo Alios Koel y tengo permisos de exploración y rastreos. Vengo del planeta Yellow-3 y el gobernador de la colonia me ha comunicado que mis permisos están caducados. Me ha obligado a abandonar el planeta y debe haber un error porque mis permisos no han expirado. Exijo una explicación y que los errores se corrijan. Pagué por mis permisos y no pienso renunciar a ellos. Si no se subsana este error, haré una demanda judicial por corrupción y...

La pantalla se apagó, dejándole con las últimas palabras en la boca. Había pasado su tiempo y Alios Koel hizo ademán de asestar un puñetazo a la pantalla. Al darse cuenta de que le miraban, bufó y bajó

el puño.

Buscó en su bolsillo y extrajo una nueva moneda magnetoplástica. La miró con resignación, tenía el número cien grabado y terminó por introducirla en la ranura.

Cuando la pantalla se iluminó, apareció la misma chica de antes repitiendo las palabras exactas.

—Maldita sea, es una grabación.

Casualmente, a cierta distancia vio pasar a una joven rubia, alta, de cimbreante figura. Era la misma que se le había aparecido en pantalla; apartándose rápidamente de la maquina, se dirigió resuelto hacia la funcionaría del Ministerio, cortándole el paso.

—Sé que le sonará el oído, pero yo a usted la conozco.

Ella le miró. Lo vio alto, fuerte, atractivo, pero no quiso dejarse influenciar por aquel hombre que la abordaba directamente.

—Sí, es posible que me haya visto en las máquinas de recepción.

—Esas máquinas se me han tragado doscientos galisoles y no he obtenido la respuesta.

—¿Ha respetado el tiempo que le han dado para su exposición?

—Maldita sea, yo respeto las leyes, pero voy a cargarme a esas maquinitas.

Desenfundó su pistola y apuntó hacia la máquina que él mismo acababa de dejar libre. La muchacha le cogió la mano armada.

—¡No lo haga! —le pidió.

—¿No quiere que le estropee la grabación?

—Si hace un destrozo aquí, pueden sentenciarlo a trabajos forzados en algún planeta lejos de la Tierra.

—Se han puesto las cosas muy duras, ¿eh?

Se aproximaron cuatro agentes de vigilancia armados.

—¿Ocurre algo, funcionaria? —inquirieron.

—Oh, no, mi amigo me estaba mostrando su nueva arma cortadora de metales.

El jefe del grupo de vigilantes miró a Alios Koel con recelo.

—Las armas se dejan a la entrada. ¿No ha visto el letrero luminoso que lo advierte?

—No me he fijado.

—Pues debería fijarse, puedo detenerlo por no atender a las normas.

La muchacha dijo:

—Yo me hago cargo de él, oficial.

—Está bien, pero que no siga adelante armado o tendremos que intervenir como se nos ha ordenado.

El oficial saludó y la joven cogió al recién llegado por el brazo y materialmente lo empujó hacia la puerta de salida.

—Acabas de llegar, ¿eh?

—Pues, sí.

—¿Mucho tiempo fuera?

—Sí, bastante; veo que todo está más rígido.

—Son las normas de seguridad. Se rumorea que hay traidores a la Confederación Terrícola y las normas se han endurecido.

—¿Traidores a la Confederación, dices?

—Si, eso se rumorea. Oficialmente no se ha comunicado nada aún.

_¿Se sospecha algún posible golpe de estado al gobierno legalmente constituido?

—Insisto que no se ha comunicado nada.

Cuando llegaron a las amplias puertas que daban al exterior, Alios Koel preguntó:

—¿Me has sacado a la calle para que no estorbe?

—A los aventureros del espacio que pasáis largo tiempo fuera de toda norma, haciendo vuestra libre voluntad, os cae muy duro ceñiros a lo establecido, a la burocracia de las oficinas electrónicas.

—Sí, he venido a quejarme del comportamiento arbitrario del gobernador del planeta Yellow-3.

—¿Comportamiento arbitrario, dices?

—Sí —suspiró—. Han puesto los sellos de «caducados» a mis permisos, para echarme de allí y que no moleste cuando aún me quedan siete años de licencia para explorar en los planetas Yellow, Brown, Black y White. Puedo moverme libremente por todos ellos durante esos siete años terrícolas.

—¿Traes la licencia?

—Claro. He regresado a la Tierra para formular mi queja formalmente.

—Muéstramela.

De un bolsillo de su casaca gris-verdosa, Alios Koel saco la tarjeta, que entregó a la joven. Esta la observó con atención.

—Efectivamente, están caducados, aquí aparece el sello que lo indica.

—Pero ese sello ha sido puesto arbitrariamente, pisoteando mis derechos.

La mujer vaciló. Movió la tarjeta de aspecto metálico entre sus dedos y dijo al fin:

—Puedo comprobar si lo que dices es cierto.

—Pues quedo a la espera de esa comprobación.

—No podrá ser antes de cuatro horas, cuando yo termine mi jornada.

—Te esperaré en el restaurante.

—De acuerdo, me llevo la tarjeta.

—Un momento, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Langy —le dijo, antes de alejarse.

Al cabo de unas pocas horas, la muchacha se aproximó a la mesa ocupada por Alios Koel.

—¿Quieres comer?

—Sí, vengo con mucho apetito.

—Toma la carta.

La muchacha eligió el menú y luego tecleó los números correspondientes en el pequeño teclado que había a su alcance. En un rectángulo oscuro y en números digitales rojos apareció el precio de la consumición.

Alios Koel también miró los números. Sacó unas monedas magnetoplásticas y las introdujo en la ranura que estaba junto al indicador del precio.

—Pago yo.

—No debería aceptar.

—No es una invitación a la funcionaría, sino a la mujer hermosa.

—Gracias. Por tus expresiones pareces muy primitivo.

—No puedo remediarlo, tengo exceso de testosterona.

—Entonces, ¿por qué no acudes al banco de semen? Serás bien recibido.

—Me revientan las máquinas, lo prefiero todo natural.

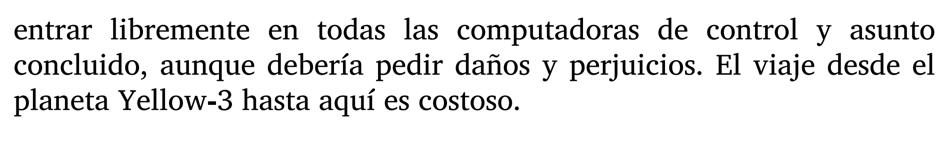
Langy carraspeó tratando de borrar la sonrisa de su rostro mientras una plataforma rectangular del centro de la mesa se escondía automáticamente y en su lugar aparecía una bandeja con todo lo que había pedido la joven. Esta la tomó y la mesa quedó nuevamente lisa y plana.

—Tenías razón. Tu licencia de explorador galáctico tiene siete años de vigencia todavía. Sólo has consumido tres de los diez años a que te da derecho la licencia que compraste. Todos nos regimos por el reloj de la computadora central del gobierno, tanto aquí en la Tierra como en los lejanos planetas donde tenemos colonias.

—Lo sé perfectamente, por eso no entiendo que me pusieran el sello magnético de caducidad en la licencia para expulsarme del planeta Yellow-3.

—Debe tratarse de un error de los funcionarios gubernamentales de nuestra colonia en el planeta Yellow-3.

—Entonces se terminó el problema puesto que yo tengo la razón. Quiten el sello magnético de caducidad para que mi tarjeta pueda


entrar libremente en todas las computadoras de control y asunto concluido, aunque debería pedir daños y perjuicios. El viaje desde el planeta Yellow-3 hasta aquí es costoso.

—No es tan fácil.

—¿El qué?

—Quitar ese sello de caducidad.

—¿Por qué?

—Debe ser el propio gobernador titular de la colonia el que lo quite, ya que él lo ha puesto. Ese sello no pertenece a la computadora central.

—¿Quieres decir que sólo el gobernador de la colonia puede quitar ese sello de caducidad?

—Aja.

—Pero, si voy con esa licencia, volverán a rechazarme. No quiero problemas con la policía de la colonia; me voy a irritar con ellos y, después de todo, sólo hacen que cumplir con su obligación.

—Efectivamente.

—¿Qué tengo que hacer, entonces?

—Llevar contigo un informe de la Dirección General de Licencias de Exploración que obligue al gobernador a rectificar.

—Muy bien, eso es lo qué yo quiero. ¿Cuándo me darás ese informe?

—Tendré que someter el caso a mis superiores. Por cierto, yo tengo que viajar precisamente al planeta Yellow-3 como enviada especia! del propio Ministerio.

—Qué casualidad.

—No es ninguna casualidad. Estos viajes se realizan de forma regular para hacer comprobaciones que eviten posibles errores en los ordenadores. En esta ocasión he sido designada yo para el viaje. Otros compañeros del Ministerio viajan a distintas colonias, se hace por designación rotatoria.

—Perfecto, te llevo en mi nave.

—No, lo siento. —Langy sonrió, denegando al mismo tiempo con su cabeza rubia—. Viajo con una nave oficial; no viajo sola, sino formando parte de un equipo del Ministerio.

—¿Cuándo partís?

—Dentro de ciento tres horas.

—Me parece bien.

—¿El qué?

—¿Tú puedes llevar ese informe exigiendo la rectificación?

—Sí, sí puedo hacerlo; pero hay un inconveniente.

—¿Cuál? —preguntó Alios Koel.

—Pueden decir que me estoy extralimitando en mis funciones.

—¿Por qué?

—No estás utilizando la vía oficial para tu queja. Por lo que parece, es una queja justa, pero al igual que todos debes someterte a los trámites burocráticos ordinarios.

—Eso lleva mucho tiempo y trae demasiadas complicaciones —se impacientó Alios.

—De todas formas, no es justo —replicó ella antes de llevar a sus dientes un pedacito de carne.

—Una mujer tan hermosa como tú no puede negarle este favor a un hombre tan atribulado como yo. He estado a punto de romper la maquinaria de informática. Tú misma lo has dicho; llevo demasiado tiempo libre por los espacios siderales y pese a estar rodeado de tecnología, dentro de la nave se convierte uno en medio salvaje. ¿Lo comprendes?

—Sí, creo que sí. Un hombre no debería pasar tanto tiempo solo.

—No voy solo.

—¿Es una nave con más gente?

—Llevo conmigo un lobo.

—¿Un lobo? —repitió, extrañada.

—Es un lobo vespuciano.

—Esos lobos son más grandes y peligrosos. No he visto a ningún ejemplar en vivo, pero los que he visto en grabaciones de TTV producen auténtico temor.

—«Ricky» y yo somos muy buenos amigos.

—Creí que los lobos vespucianos eran salvajes, sin posibilidad de ser domesticados.

—No puedo decir que «Ricky» sea un lobito lamedor de manos, pero él y yo nos entendemos. Eso sí, es un buen vigilante. Además, su olfato es prodigioso y cuando se exploran lugares ignotos de planetas desconocidos, conviene llevar cerca un detector que evite que algún animal desconocido te ataque.

—Hay sensores de infrarrojos, de ultrasonidos, de ultravioletas.

—Sí, si, muchos sensores, pero yo confío más en «Ricky». Además, me hace compañía y cuando se está en soledad, eso es muy importante.

—Lo comprendo, la soledad ha de ser dura de soportar. Por cierto, ¿tienes una plaza libre en tu nave para viajar al planeta Yellow-3 —preguntó Langy como no dándole importancia.

—Sí, una plaza y diez si hace falta. ¿Vas a venir conmigo pese a la nave oficial?

—No, no es para mí, sino para alguien a quien le podrías hacer ese favor por mí. Por supuesto, yo solucionaré el problema de tu licencia.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Quién es el que ha de viajar conmigo al planeta Yellow-3?

CAPITULO III

Alios Koel parpadeó al ver al extraño ser que tenía delante. A simple golpe de vista dedujo que rebasaba los tres metros de altura, lo que sería un problema para permanecer dentro de su nave espacial.

La cabeza del profesor Shorensen emergía en lo alto de aquella figura humana y se veía desproporcionadamente pequeña comparándola con el resto del cuerpo.

—¿Qué le sucede, cosmonauta Koel, no ha visto a un gigante? —preguntó con voz ronca el profesor Shorensen, que poseía un cráneo totalmente rapado y brillante, como si se lo untase con óleos perfumados y delicados, a la usanza del antiguo Egipto.

—Usted no es así de alto, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué no puedo serlo? —replicó, desafiante.

—El hombre más alto que he visto medía medio metro menos que usted, profesor.

El profesor Shorensen lanzó una carcajada sarcástica

—Pues en adelante ya no podrá decir que no ha visto a ningún gigante.

Alios Koel se rascó la nuca antes de decir:

—Langy no me advirtió nada acerca de su estatura. Me contó que era profesor y que daría poco trabajo.

—En efecto, daré poco trabajo. Yo mismo traigo mis maletas.

Alios Koel dio un vistazo a las maletas que estaban detrás de aquel gigante y le parecieron las maletas más grandes que había visto en su vida. En cada una de ellas podía encerrarse un hombre entero.

Alios Koel estaba preocupado con aquel inesperado pasajero, que sin más se encaminó a la rampa que ascendía hacia la puerta de la nave y por la que no parecía fuera a pasar y menos cargado con las maletas como iba.

Cuando el profesor llegaba a la puerta de la cosmonave, apareció la cabeza blanca del lobo vespuciano. Miró al gigante y le mostró los colmillos al tiempo que gruñía amenazador.

Aquel animal impresionaba, sobrepasaba los cien kilos de peso, de pelaje totalmente blanco y largo. Tenía colmillos fuertes y agudos, ojos anaranjados y orejas enhiestas, totalmente girables sobre su base, como las de un asno terrícola. Hacía retroceder amedrentado a cualquier ser humano que osara enfrentársele.

—Eh, oiga, ¿ese perro va a dar mucho la lata?

—No es un perro, sino un lobo vespuciano.

—Sí, sí, ya lo veo. Dígale que he de viajar en la nave y que tengo que pasar por la puerta.

Alios Koel lanzó un silbido modulado en distintos tonos que el animal captó de inmediato, retrocediendo. El gigantesco profesor Shorensen se internó en la nave y Alios se encogió de hombros ante lo irremediable. Era obvio que hubiera preferido muchísimo más viajar con Langy, la funcionaria del Ministerio de Asuntos Espaciales.

Miró la hora en su polirreloj de pulsera. Oprimió luego uno de los diversos resortes que poseía el polirreloj y en números líquidos apareció el tiempo que le faltaba para el despegue.

Se adentró en la nave. Se dirigió a la cabina de control y allí, tendido en el suelo, encontró al lobo vespuciano, que le miraba como preguntándole si todo estaba bien o tenia que emplear sus colmillos contra el gigantesco intruso que el profesor era para él.

—Tranquilo, «Ricky», tranquilo, todo está bien. Esperemos que ese profesor Shorensen no tenga un exceso de apetito porque voy a tener que darle tus latas de comida para perros.

El lobo lanzó un gemido mezcla de gruñido; había algo de protesta y resignación en aquella expresión gutural,

Alios comprobó en el panel de mandos que estaba todo en orden. Luces piloto amarillas, rojas, moradas, azules y verdes, parpadeaban casi simultáneamente. Todas las compuertas que daban acceso al exterior se cerraban automáticamente con un hermetismo tal que al mirar las uniones podía decirse que parecían soldadas.

—Atención, atención, astropuerto, llama cosmonauta Alios Koel a torre de control, cambio.

—Le oímos perfectamente, cosmonauta Alios Koel. Su cuenta atrás ha comenzado, está regulada por la computadora central. ¿Alguna anormalidad? Cambio.

—No, ninguna, todo bien, cambio.

—Manténgase atento. En su pantalla de guarismos verá reflejada la cuenta atrás de la computadora central. Cambio.

Alios Koel encendió la pantalla de guarismos; era una pantalla relativamente pequeña donde números y letras podían leerse con una nitidez perfecta.

—Recibo los guarismos, cambio y quedo a la espera.

Se cortó la comunicación. Abandonó la cabina para ver en qué lugar se había instalado el gigantesco profesor Shorensen.

—Eh, oiga, cosmonauta Koel, ¿qué camarote puedo utilizar?

Quedó un instante desconcertado al oír la voz gruesa del profesor Shorensen. Le descubrió acomodado en una butaca anatómica que él solía utilizar para la lectura en pantalla de textos informativos o de evasión.

Tuvo que parpadear, anonadado ante lo que veía.

El profesor Shorensen no era un gigante, sino todo lo contrario. Era un enano de cabeza desproporcionadamente grande comparada con sus brazos y piernas, aunque el tronco sí estaba proporcionado con la cabeza.

Los pies colgaban en el aire como si fueran los de un niño de corta edad sentado en una butaca de adulto. Brazos y manos se apoyaban sobre los reposabrazos de la butaca y las manos se veían recias y grandes contrastando con la longitud del brazo.

—Vaya —exclamó, mirándole fijamente.

—¿Sorprendido?

—Sí, un poco. Su cabeza me parecía desproporcionadamente pequeña, pero la cáscara que utiliza para parecer un gigante es perfecta.

—¿Cáscara? —repitió ofendido—. Es un robot muy avanzado. Dentro de él lleva energía para tres siglos, lo que quiere decir que para mí es inagotable. Posee una computadora memoria con capacidad para cien millones de datos y otras cosas más.

—Bien, bien, no se moleste, profesor. ¿Dónde ha dejado su robot?

—Venga.

Saltó de la silla. Al caminar junto a Alios Koel, le llegaba un poco más arriba de la cintura.

En la bodega de carga estaba el gigante abierto por el pecho, mostrando un asiento. Se hallaba de rodillas en el suelo e inclinado hasta sentarse sobre sus propias piernas, con las manos cruzadas delante del pecho a modo de peldaño.

—¿Qué le parece? Una maravilla, ¿verdad?

—Confieso que tiene buen aspecto, no parece un robot.

—Soy un especialista en robots humanoides, pero aún pienso aprender más, mucho más.

—¿En el planeta Yellow-3?

—Sí. Hasta hace muy poco, en la Tierra vivía el doctor Polask, el mayor artista conocido en la construcción de humanoides artificiales. Jamás en la historia de la humanidad terrícola se han conseguido las maravillas que él ha logrado. Somos colegas y ahora resulta que ha montado sus talleres en el planeta Yellow-3, supongo que lo habrá hecho para estar más tranquilo; aquí en la Tierra la vida es un continuo *stress* y en esas circunstancias, un artista no se puede desenvolver a placer, no puede hacer obras geniales. Fíjese, fíjese…

Shorensen sacó un controlador a distancia, manipuló en él y aquel gigante descabezado que tenía la casaca abierta mostrando el asiento en el lugar donde si fuera humano estarían los pulmones, se puso en pié.

—Perfecto, perfecto, pero cuidado, no vaya a romper el techo. ¿Tiene mucha fuerza?

—Le parecerá asombroso, pero posee la fuerza de cien caballos de vapor. Es una grúa y puede correr con facilidad alcanzando tranquilamente los ochocientos kilómetros hora y de forma incansable, sin resoplar. Por supuesto, tiene muchas otras cualidades. Ah, también obedece a determinadas órdenes de mi voz.

—Eso está aún mejor.

—Fíjese.

El profesor se encaró con aquel robot sin cabeza que semejaba incompleto.

—¡Sansón, arriba conmigo! —ordenó.

El impresionante robot alargó sus manos hacia el profesor. Este subió sobre ellas como si se tratara de una escalera hasta que llegó al asiento y se acomodó en él.

—Desde aquí arriba me siento otro hombre.

—Le felicito, así no pensará más en su complejo de inferioridad.

—¿Complejo de inferioridad? —Soltó una sonora carcajada—. Los que se pongan delante de mí serán los que tengan complejo de enanos, no yo.

—Bien, bájese de ahí, le llevará a su camarote. Tenemos el tiempo justo, ya estamos en la cuenta atrás. La nave oficial estará despegando ahora.

—¡Sansón, abajo!

El robot se arrodilló para sentarse sobre sus piernas y talones. El profesor enano saltó al suelo.

—Bien, vamos a mi camarote. ¿Le ha dicho la sobrina del doctor Polask que soy un poco exigente en cuanto a la cama?

—¿Exigente? —repitió Alios, irónico.

—Si no duermo bien, me pongo de un pésimo humor.

—Aquí no hay mucho donde escoger. Es una cosmonave de ultraaceleración con una capacidad de carga suficiente y apta para unos pocos pasajeros, pero no es una cosmonave de lujo.

—Hum, ya me lo temía. Hubiera podido traer mi supercama.

—Sólo hubiera faltado eso… —gruñó Alios.

Pulsó un botón. Se abrió una puerta que daba acceso a un camarote con tres ventanitas que daban al exterior.

—Magnífico, magnífico, ventanas para ver el espacio sideral. No hubiera soportado que el camarote fuera una jaula de planchas de acero con un orificio en el techo o en los bajos para insuflar el aire necesario para respirar.

Cuando se volvió, Alios Koel ya no estaba allí; acababa de marcharse.

—Oiga, cosmonauta Koel…

Se acercó a la puerta abierta y se encontró con el lobo vespuciano, que le miraba mostrándole sus amenazadores colmillos. El profesor tragó saliva; aquel animal ocupaba la puerta y no había escapatoria posible.

—Oye, perrito, yo no tengo nada contra ti, de verdad, nada personal, de modo que déjame tranquilo, ¿quieres?

Poco a poco, el lobo se adentró en el pequeño camarote, obligando al profesor a retroceder hasta que éste tocó con su espalda el borde de la litera.

Huyendo de las fauces del lobo blanco, el profesor trepó sobre la litera y comenzó a gritar:

—¡Koel, cosmonauta Koel!

Como respuesta sólo obtuvo los gruñidos de la fiera. Entonces, se percató de que junto al cabezal de la litera estaba el videointerfono. Pulsó la tecla de abertura y apareció la imagen de Alios Koel.

—¿Qué le sucede, profesor, no funcionan los atalajes de sujeción?

—No, no se trata de eso; es el perro, digo, el lobo. Amenaza con morderme, creo que se ha dado cuenta de que soy pequeño.

—No se apure por «Ricky».

Alios silbó, modulando los tonos, y el animal lanzó una especie de gemido. Dio media vuelta y abandonó el camarote, desapareciendo.

—Ahora que está libre de «Ricky», sujétese bien, vamos a despegar.

—Sí, sí, pero procure mantener a ese perro, digo, a ese lobo vespuciano, lejos de mí.

—¿Qué le pasa, profesor Shorensen, no le simpatizan los animales?

La cosmonave *Liberty Falcon 2* despegó en el momento justo en que la computadora central del astropuerto le dio la orden de partida.

Alios Koel, el cosmonauta que buscaba su vida, su fortuna y su aventura en los espacios siderales, no perdía de vista a la nave oficial, que había comenzado su viaje delante de él.

En ella iba la hermosa funcionaría que tenía que solucionar el problema de caducidad de su licencia de explorador terrícola, pero

tampoco se le borraba de la mente la imagen de aquella bella mujer que había resultado sobrina de un extraño y singular científico, quien disfrutaba creando humanoides que no necesitaba vender a nadie debido a la fortuna personal que poseía gracias a los *royalties* ganados con muchos de sus inventos originales.

Lo que todos ignoraban en el planeta Tierra era el chantaje de que estaba siendo víctima el doctor Polask, cautivo del emperador de Sewion.

CAPITULO IV

El gobernador Randolph en persona iba al frente de la expedición. Los vehículos *atom-hover-craft* se deslizaban raudos por encima del suelo del planeta Yellow-3, un suelo amarillo, a veces marrón, pardo y otras, blanco. Pero en conjunto y visto desde el aire, resulta amarillo, aunque su atmósfera envolvente, a distancia, lo hacía parecer verdoso.

Las tormentas de polvo eran muy frecuentes y la atmósfera se tornaba hostilmente amarillenta, un polvo que se introducía en los lugares más recónditos de los pulmones y obligaba a llevar el yelmo protector de cabeza y rostro. Una válvula filtrante dejaba pasar el aire suficiente para respirar, dejando afuera las partículas del molesto e hiriente polvo, que, visto al microscopio, mostraba sus aristas cortantes.

La expedición la formaban diez vehículos patrulleros y el vehículo del gobernador miliciano en el que viajaban él, dos altos oficiales de la milicia terrícola y el miliciano conductor. Todos iban uniformados con sus guerreras pardas, botas, correajes y las armas reglamentarias,

La estrella sol proyectaba sobre ellos una gran cantidad de rayos luminosos e infrarrojos que producían un calor insoportable que vencían gracias a la refrigeración de los vehículos AHC.

—Estamos llegando —manifestó el capitán que acompañaba al gobernador viendo la semiesfera que emergía del suelo. Cerca de ella, dispersa, otras semiesferas mucho más pequeñas. Era la colonia treinta y cinco.

El vehículo del gobernador se enfrentó con la entrada de la gran semiesfera. Randolph se apeó de su vehículo después de tomar el micrófono de órdenes y dirigirse a sus hombres.

—Todos afuera de los vehículos. Dejen sus armas en los AHC.

Los milicianos que cuidaban de la colonia se miraron entre sí, extrañados, pero era una orden y había que cumplirla. Abandonaron sus armas y descendieron de los vehículos. Un oficial les ordenó formar y en fila de a tres marcharon hacia la gran nave semiesférica cuya puerta estaba abierta.

Dentro, armados, aguardaban media docena de milicianos policías.

Los milicianos, en formación, entraron en lo que parecía una gran nave almacén. En uno de sus lados había gran cantidad de cajas vítroplásticas.

—¡Alto! —ordenó el capitán que mandaba a los sesenta milicianos.

Cuando los milicianos, tras obedecer varias órdenes más, quedaron encarados con su comandante en jefe, el gobernador Randolph, un sujeto grueso, de rostro duro e intransigente, les ordenó:

—¡Desnúdense!

Aquella inesperada orden cogió por sorpresa a los milicianos, que dudaron y se miraron entre sí. El capitán, en tono más suave, les informó:

—Se trata de un control sanitario, obedezcan.

Los milicianos, resignados, obedecieron, desnudándose y dejando sus ropas en el suelo, frente a cada uno de ellos.

—¡Media vuelta! La primera fila en marcha hacia la pared. Que siga la segunda y después, la tercera.

Los milicianos, en número de sesenta, formaron una fila de a uno, que se pegó a la pared. Aquellos terrícolas habían perdido parte de su carácter de policías al verse desnudos y en pie, de espaldas a la pared.

—Operación cambio, en marcha —dijo el gobernador Randolph.

Los seis milicianos armados que estaban previamente en la nave se situaron frente a sus supuestos compañeros. Les apuntaron con sus armas, quedando quietos.

Los milicianos desnudos, al verse encañonados, quedaron perplejos.

Se miraron unos a otros, interrogándose con silenciosa angustia y una chispa de pánico afloró en cada uno de aquellos ojos, que se veían frente a las armas de los que creían sus compañeros.

—¡Fuego! —ordenó el gobernador Randolph en persona.

Las armas vomitaron mortíferos rayos incinerantes.

Un rugido de angustia, terror y rabia, llenó la gran nave almacén mientras las decenas de terrícolas se retorcían bajo el fuego letal que les carbonizaba y del que no podían escapar.

Algunos trataron de correr hacia sus verdugos, pero ni éstos ni los altos mandos que les acompañaban se movieron.

Los rayos incinerantes frenaban sus desesperadas carreras, abrasándolos de forma fulminante. La nave se llenó de humo y hedor a carne humana quemada.

Las armas continuaron disparando sus rayos incinerantes hasta que no quedó ni uno solo de los milicianos desnudos vivo.

—¡Basta!

Randolph miró los cuerpos tendidos, todos ellos irreconocibles. La masacre había sido total absoluta.

Cuerpos ennegrecidos, de aspecto terriblemente monstruoso, yacían a lo largo de la pared. Algunos habían conseguido correr hasta una docena de pasos, no más. La muerte les había alcanzado sin que pudieran hacer nada por evitarla.

—Primera parte de la operación, concluida —dijo Randolh frente a un pequeño transistor que acababa de sacar de su bolsillo.

—Comience de inmediato la segunda —ordenó una voz siseante que llegaba a través del emisor-receptor que sostenía en la mano.

—Ahora mismo, majestad... ¡Compañeros, abandonad vuestros reductos y vestíos!

Las tapas de las cajas que se hallaban en el almacén, como esperando ser trasladadas a alguna otra parte, se abrieron con violencia, como si fueran disparadas por duros resortes.

Eran brazos de seres terrícolas que se levantaron del interior de las cajas en las que habían permanecido postrados y en silencio.

Aquellos seres terrícolas también estaban desnudos. Una vez

hubieran abandonado las cajas, el capitán les ordenó:

—En fila de a tres.

Obedecieron como lo habían hecho antes los milicianos asesinados. Fueron conducidos frente a los uniformes esparcidos en el suelo, en ordenados montoncitos.

—¡Vístanse!

Los seres recién salidos de las cajas se vistieron y cuando lo hubieron hecho, nadie habría dicho que no eran ellos, sino los otros, los que poco antes habían entrado en el almacén.

—¡Media vuelta, en marcha!

Salieron del almacén en el que el mayor dejó un artilugio electrónico que parecía un paquete que contuviera botas milicianas.

Se cerraron las puertas. Los nuevos milicianos se dirigieron a los vehículos tomando las armas que allí estaban.

El gobernador Randolph en persona dirigió la siguiente operación. Los vehículos rodearon la colonia de pequeños hábitats en forma semiesférica que afloraban del suelo del planeta Yellow-3.

—Atención, milicianos, atención, os habla el comandante en jefe, gobernador Randolph.

Los milicianos oían las palabras de su jefe sin receptor aparente. Los vehículos formaban un perfecto cerco en torno a la pequeña colonia donde vivían un centenar de buscadores de minerales preciosos.

—¡Fuego!

Las armas incinerantes, dispuestas con su máxima potencia, dispararon contra los hábitats que emergían del suelo. Dentro de ellos había seres humanos terrícolas que se vieron sorprendidos por un anillo de muerte.

Algunos de aquellos hábitats semiesféricos estallaron, formando bolas níveas de fuego y consumiendo cuanto había en su interior.

La colonia fue devorada por el fuego. Algunos terrícolas trataron de huir y fueron barridos por las armas que empuñaban los nuevos milicianos surgidos de las cajas almacenadas en la gran nave.

El gobernador Randolph contemplaba desde su vehículo el

exterminio de la colonia hasta que ordenó:

—¡Basta!

Minutos más tarde, los vehículos de la milicia policial que controlaba el planeta Yellow-3 se alejaron.

Cuando se hallaban a una distancia considerable, se produjo una horrísona explosión y una nube cegadora se alzó hasta un centenar de metros por encima del suelo.

Nadie se molestó en mirar hacia atrás. La gran nave semiesférica, en medio de la explosión ígnea, quedó reducida a cenizas con todo lo que contenía.

Mientras, en la nave imperial de la milicia de Sewion, el traidor comandante Potter, al lado del coronel sewionícola y del propio emperador Cromdow, contemplaba en la pantalla gigante lo sucedido.

—Perfecto —aplaudió el coronel Xarloc.

—El plan funciona, majestad —observó el terrícola comandante Potter.

Las cámaras de televisión instaladas en el interior del propio almacén les habían permitido ver la reacción de los milicianos sorprendidos en su buena fe y en su disciplina, lo que les había llevado a la destrucción.

—No hay que precipitarse —dijo el emperador, despacio pero con evidente satisfacción—. Esto es el principio, sólo el principio, no podemos cometer ningún error. La sorpresa es nuestra mejor arma.

El emperador de Sewion tenía muy claros en su mente sus planes expansionistas: la conquista del planeta Tierra con su civilización incluida y la conversión en esclavos de los terrícolas, porque conquistar no era más que robar, violar, profanar y esclavizar a un pueblo más débil que generalmente era vencido por el terror de las armas.

El emperador de Sewion estaba empleando la más ingeniosa de las astucias para intentar derrotar a la Confederación Terrícola a la que sabía bien armada y dispuesta a defenderse contra cualquier invasión de ladrones asesinos, criminales exploradores que, como a lo largo de todas las historias, al agruparse bajo una bandera se llamarían a si mismos conquistadores.

CAPITULO V

Alios Koel estaba ya harto del viaje que se le había antojado larguísimo.

El profesor Shorensen no se llevaba bien con «Ricky», el lobo vespuciano. Se había creado como un antagonismo entre el animal y el científico enano que, debido a la estatura de su robot ortopédico, no había podido utilizarlo dentro de la nave.

Su baja estatura había causado una extraña curiosidad en el lobo blanco oriundo del planeta Vespucio.

Alios Koel lo había adquirido siendo el animal un cachorro y había sabido amaestrarlo, lo que resultaba muy raro en aquella clase de cánidos extraterrestres.

Cuando estableció contacto con el astropuerto del planeta Yellow-3, se sintió aliviado. La *Liberty Falcon 2* se posó suavemente sobre el suelo liso y pulido como un espejo.

—Ha llegado a su destino, profesor Shorensen.

—Uf, menos mal. Ese perro que usted tiene es insoportable.

—Para mí es un gran amigo.

—Porque no le enseña los colmillos. Debería colocarle el bozal ultrasónico.

Alios Koel suspiró, resignado. Menos mal que el viaje había terminado; estaba harto de soportar a aquel excéntrico científico que, podía ser una buena persona, pero resultaba inaguantable.

A medio kilómetro de distancia, dentro del propio astropuerto, vio estacionada la nave oficial en la que había viajado Langy.

Abrió la rampa de la nave y descendió con su AHC silencioso y deportivo.

El profesor Shorensen prefirió montar en su robot ortopédico que, a su vez, cargaba con las pesadas maletas que constituían su equipaje. «Ricky» se quedó en la nave, vigilante.

Alios Koel se dirigió al control de policía. Por sugerencia de la propia Langy, llevaba consigo su visado de turista hasta que el sello de caducidad de su licencia de explorador fuera borrado, lo que en buena ley debería ocurrir de inmediato.

El policía de aduanas le observó suspicaz. Alios le conocía y le habló amistosamente.

—¿Qué sucede, no está en regla? Vamos, esta noche nos veremos en el club.

El funcionario del control de aduanas no respondió. Con los documentos en la mano, se alejó del mostrador y al poco regresó acompañado del comandante del sector del astropuerto.

—Está en regla, ¿no? —preguntó Alios.

—Sí, está en regla, pero no podrá descargar nada de su nave —le advirtió el oficial de policía.

—Bueno, tengo mi equipaje en la nave...

—Sólo podrá bajar lo estricto para pasear como turista, nada de herramientas ni instrumentales de detección. Deberá comunicar a la comandancia de policía sus intenciones en cada ocasión que abandone la metrópoli colonial.

—Parece que se ponen un poco duros, especialmente conmigo.

—Con todos, las normas se han de cumplir estrictamente.

—De acuerdo, de acuerdo; pero ¿podrían decirme los motivos de este endurecimiento de conducta?

El oficial de policía no parecía dispuesto a responder a las preguntas no oficiales y dijo:

—Deberá presentarse cada ciento veinte horas a la comandancia policial. Si se retrasa, recibirá la orden de expulsión inmediata y tendrá que abandonar el planeta en un plazo muy corto.

—Está bien, pronto cambiarán las cosas.

El oficial de policía ni siquiera le miró. Introdujo el visado de turista de Alios Koel en la ranura correspondiente y después de ser marcado automáticamente y sus datos personales absorbidos por la memoria de la computadora central, se lo devolvió.

En aquel momento, los policías quedaron sorprendidos por la aplastante entrada del gigantesco profesor Shorensen, cargado con sus maletas.

—Hasta ahora, profesor Shorensen. Si necesita algo, no dude en llamarme; tengo el videoteléfono conectado a la red oficial.

—De acuerdo, Koel, Seguro que nos veremos mientras mantenga a distancia a su chucho.

Alios volvió a montar en su vehículo *atom-hover-craft* y se alejó del astropuerto; en el AHC no podía llevar al gigantesco profesor que deseaba que arreglase sus problemas por su cuenta.

Alios Koel se introdujo por el vial que conducía a la metrópoli capital de la colonia en el planeta Yellow-3.

No era una ciudad grande, pero si estaba diseñada funcionalmente para que no se produjeran congestiones y, al propio tiempo, los servicios comunes estaban equidistantes de todas partes.

Alios Koel se dirigió al hotel. Podía haberse quedado en su nave, pero prefirió ir al hotel que poseía instalaciones deportivas y de ocio. Por otra parte, sabía que en él estaría hospedada Langy.

Estacionó su AHC en las ultramodernas instalaciones del hotel y se dirigió al *hall*. Presentó su tarjeta identificativa a la bellísima conserje, que le sonrió ampliamente; le conocía, aunque no habían salido nunca juntos.

—¿Tú no eras d*ancing-girl*? —le preguntó Alios.

—Sí, pero me cansé de mover el esqueleto. Este trabajo es más descansado; aunque si quieres, contigo sí muevo el esqueleto.

—Gracias, lo tendré en cuenta. ¿Hay alguna habitación con ventana a la piscina?

—Sí, claro que sí.

Un minicochecito pasó a recogerle y le llevó a su habitación que, efectivamente, se hallaba frente a los parterres que circundaban la gran e irregular piscina bordeada de árboles, los cuales no eran fáciles de conservar debido a la climatología del planeta, pero la técnica había solucionado todos los problemas.

Se dejó caer de espaldas sobre la mullida cama. Se puso en contacto a través del videoteléfono con el ordenador central del hotel y preguntó:

—Póngame en comunicación con la funcionaría Langy, que se hospeda en este hotel.

—Aguarde unos segundos y si es exacta su indicación, tendré la respuesta —le dijo la voz de bocina de la computadora.

Al poco, en la pequeña pantalla aparecía la imagen de la hermosa funcionaría. La primera vez que la había visto había sido también en otra pantalla, aunque mucho más grande.

—¿Quién llama?

Alios se puso delante de la pantalla y pulsó el botón que abría la microtelecámara gracias a la cual su imagen sería vista en la pequeña pantalla que Langy tenía en su cuarto.

—Hola, Langy.

—Alios… ¿Estás ya en Yellow-3?

—Sí, acabo de llegar. Por cierto, podías haberme dicho lo especial que era tu amigo.

—¿El profesor Shorensen?

—Sí, un tipo muy raro. Se ha pasado todo el viaje gruñendo con «Ricky», mi lobo vespuciano.

—Es un hombre muy inteligente.

—No lo dudo, pero también muy excéntrico, dejando aparte el robot ortopédico que utiliza para agigantarse. Podía haberse fabricado otro con un tamaño más natural si es que no quería que su enanismo quedara al descubierto.

—Pues no sé de qué me hablas.

—Bien, ya lo sabrás. ¿Qué hay de mi licencia?

—Todavía no he podido hacer nada. Déjalo de mi cuenta, he de resolver otros problemas oficiales. Será fácil arreglar tu asunto.

—Mi asunto está perfectamente claro y tengo derecho a que se me haga justicia.

—Pero la justicia, por la vía ordinaria, es lenta; deja que te ayude y todo saldrá aprisa. Por cierto, ¿tienes idea de si el gobernador o alguno de sus colaboradores te tienen ojeriza?

—Que yo sepa, no le he fastidiado al gobernador ni a ninguno de sus ayudantes directos. ¿Tú te has enterado de algo?

—No, te lo preguntaba por si acaso.

—¿Crees que ha sido una decisión arbitraria y personalista?

—Mejor será pensar que se trata de un error. Bueno, haré lo imposible para que tu asunto se solucione pronto.

—Es necesario que así sea. Sólo tengo licencia turística y eso reduce mucho mis movimientos.

—He de hacer varias gestiones y también tengo que visitar a mi tío, el doctor Polask.

—¿Puedo ir contigo? Me gustaría conocerlo; el profesor Shorensen me ha hablado mucho de él, dice que es el genio de los genios en la construcción artística de robots.

—Sí, es un genio en su trabajo; pero no le agrada ser molestado.

—Bueno, estoy en el hotel como un turista más; esperaré a ver qué has conseguido. Por cierto, ¿tienes plan para esta noche?

CAPITULO VI

Alios Koel estuvo nadando en la macropiscina, tenia necesidad de estirar sus músculos casi hasta el agotamiento. Se repuso del esfuerzo tendido en una hamaca sobre la hierba. Allí mismo había tomado unos sándwiches con cerveza superlupular.

La noche en el planeta Yellow-3 no era tan oscura como en la Tierra debido a la proximidad del astro Yellow-2, que giraba en torno a Yellow-3. El número 2 apenas era la mitad del número 3, pero su proximidad hacía que se reflejara una gran cantidad de luz de los soles que iluminaban aquel sistema.

A distancia vio al profesor Shorensen paseándose por los jardines, impresionando con su elevada estatura y la desproporción de su cabeza. Pero su robot era tan perfecto que parecía el resto del propio cuerpo del profesor Shorensen, quien no deseaba que quedara de manifiesto su enanismo.

Cuando se presentó en la videoteca, el local estaba animado. Langy no había llegado aún. Una proyección holográfica de videotape a base de un musical muy movido animaba el ambiente.

—¡Adiós!

—Hola, Dennis.

Los dos amigos se dieron un abrazo.

—Anda, siéntate conmigo. Tengo un par de preciosas muñecas para esta noche que te van a quitar el hipo si lo tienes y eso que no había pensado encontrarte.

—Gracias, pero ya tengo compañía.

—Tú siempre un tipo de suerte. ¿Cómo es la chica?

—Inteligente.

—Bueno, eso, para hacer el amor, no tiene tanta importancia.

—Yo creo que sí la tiene; de lo contrario, cualquier hembra humanoide sirve.

—Bueno, bueno. ¿Ha llegado tu chica?

—Todavía no.

—Entonces podemos tomar un trago juntos. ¿Cuánto tiempo hace que no te veo por la metrópoli?

—Unos millares de horas, he viajado a la Tierra.

—Sí, he oído hablar de tu viaje; lo malo es que los demás vamos a tener que hacer lo mismo.

—¿Lo mismo, por qué?

—Nos están caducando las licencias de exploración por las buenas, es un abuso.

—¿A ti también? —se asombró Alios.

— Sí, se han quedado mi licencia y sé que cuando me la devuelvan estará ya caducada. A otros les ha sucedido lo mismo y me huelo que tú fuiste el primero en recibir ese golpe bajo, ¿eh, Alios?

Había una cierta rabia, una impotencia envuelta en tristeza y derrota en las palabras de Dennis, el amigo de aventuras.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí en Yellow-3? —inquirió Alios Koel con talante sombrío.

—¿Y lo preguntas tú, que fuiste el primero en caer en desgracia ante el gobernador?

—Creí que era un caso personal.

—Pues, no. Por lo visto, los exploradores somos personas poco gratas aquí pese al estatuto que legaliza nuestra profesión dentro de la constitución de la Confederación Terrícola. Ese gobernador Randolph se ríe de nuestra constitución; pero esto no quedará así, nos hemos reunido para formular una demanda y una petición al gobierno confederal para que el gobernador sea relevado de su cargo y se le haga un juicio por lo criminal, aunque eso irá para largo. Lo malo de estas colonias tan alejadas del planeta Tierra es que son como antiguamente eran los barcos transatlánticos; el capitán mandaba a todos por encima de todo. Aquí, el capitán es el gobernador Randolph y lo que él dice se ha de cumplir, sea lo que sea, hasta que desde el gobierno de la Confederación venga una orden contraria. Es demasiado poder en manos de un solo terrícola. ¿No te parece?

—Si, sí, me parece, pero ya ha llegado una nave oficial del gobierno.

—¿Para investigar las arbitrariedades del gobernador y sus ayudantes?

—Lo ignoro; sólo sé que están aquí los funcionarios del Ministerio.

—¿A ti te han solucionado el problema de la caducidad de licencia?

—Todavía no, pero confió tener suerte.

Dennis bajó la voz para decir a continuación:

—Pasan cosas muy raras últimamente y nadie da explicaciones.

—¿Cosas raras, como qué?

—Parece que hubo un accidente nuclear en una de las subcolonias.

—¿Accidente?

—Bueno, es lo que se rumorea; porque no ha quedado nadie para contarlo.

—¿Alguien investiga?

—Dicen que la policía. Está prohibido acercarse al área afectada, hay fuerte contaminación.

—Pero existen los trajes de supervivencia espacial, aptos para resistir la radiación.

—Sí, sí, todo lo que quieras; pero está prohibido acercarse y mucho menos los que estamos sin licencia.

—¿No será ése el motivo del endurecimiento de las normas policiales?

Dennis se encogió de hombros.

—No sé. Quizá piensen que ha habido sabotaje.

—¿Sabes si últimamente se ha descubierto algún metal precioso o un mineral con posibilidades superenergéticas?

—No, no se ha comentado nada al respecto; pero sí que todos los que somos exploradores o aventureros, como nos llaman los milicianos, debemos andarnos con cuidado. Nos están barriendo de este planeta.

—Eso es anticonstitucional.

—Parece que soplan malos vientos por Yellow-3; tendremos que emigrar a otra parte en busca de fortuna.

—Ya hablaremos de todo esto con más calma, Dennis; la chica a la que estoy esperando ha llegado.

Dennis ladeó la cabeza y de inmediato descubrió a la mujer rubia que acababa de entrar. Silbó por lo bajo en tono de admiración.

—Felicidades, Alios.

Alios Koel ya se alejaba hacia la entrada. Langy le sonrió al verle.

—Ya creí que me dabas plantón —se quejó Alios.

—¿Nos sentamos? —propuso ella.

No tardaron en quedar juntos en un minisofá frente a una mesita. Tras ellos tenían ya la pared y la distancia para contemplar el espectáculo de videotape holográfico que proyectaba danzas exóticas y vibrantes en la pista circular mediante una cámara colocada en el techo, era muy buena.

—Lamento decirte que aún no he podido solucionar tus problemas.

—Esperaré.

—Parecía que al llegar todo sería sencillo, inspecciones de rutina, pero todo se ha puesto francamente difícil.

—¿A ti también?

—¿Qué quieres decir?

—He oído rumores de que las cosas funcionan mal en este planeta-colonia y creo que es debido a la policía, especialmente al gobernador. Están retirando todas las licencias de exploración.

—¿Todas?

—Eso parece y esa decisión es anticonstitucional salvo que se haga pública y sea por causa mayor.

—Sí, claro que es anticonstitucional. No se pueden retirar las licencias legalmente adquiridas sin motivos justificados,

—Por lo visto no se da ninguna explicación; se coloca el sello

caducidad y listos, como si esto fuera una dictadura totalitaria. Y, que yo sepa, la Confederación Terrícola es democrática desde hace varios siglos.

Langy puso un gesto ceñudo y preocupado en su atractivo rostro.

—¿Sabes que la delegación flotante de la que yo formo parte no ha podido entrevistarse con el gobernador?

—¿Qué motivos han alegado?

—Ocupación fuera de la metrópoli.

—¿Los demás miembros de la delegación han comentado algo?

—No, no se han quejado. Después de todo, han dicho que el gobernador nos recibirá pronto.

—¿Os han comunicado que hubo un accidente nuclear en una subcolonia en la que desaparecieron un buen número de seres humanos?

—-No, no sabíamos nada.

—Un accidente de esa clase debe comunicarse de inmediato al gobierno de la Confederación. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas; es así, ¿Estás seguro de que ese accidente ha ocurrido realmente?

—Por el momento, para mí es un rumor, pero un rumor con muchos visos de ser cierto.

—Ya haré preguntas al respecto.

—Será bueno que te intereses por ello. Parece que el gobernador Randolph hace lo que le viene en gana. ¿Qué posibilidades hay de cesarlo?

—Un cese de esa clase es una situación grave. Por supuesto que está previsto, locura, enfermedad, abuso de atribuciones.

—Creo que el último punto que has citado es el que corresponde a la situación que sufrimos.

—Antes de tomar decisiones hay que acumular pruebas.

—¿Y luego?

—Remitirlas al Ministerio por la vía ultrarrápida.

—¿Y después?

—Del Ministerio recibiríamos una orden de cese transitorio mientras un juez instructor toma el caso y lo investiga a fondo, pero ya otro gobernador tomaría él relevo hasta que se demostrase si es culpable de esos supuestos abusos de atribuciones o no.

—Un poco largo el procedimiento, ¿no?

—No creas. Si se tienen pruebas, es más rápido de lo que parece. Si las pruebas de esos supuestos abusos de autoridad son muy claras, en menos de veinticuatro horas, utilizando los medios de supratelecomunicación, estaría el problema resuelto en parte.

—¿Y si se negase a aceptar el cese?

Langy parpadeó, incrédula.

—Eso no ha sucedido jamás.

—Jamás es una palabra importante. Pudiera ocurrir, ¿no?

—Entonces, el comandante de la policía miliciana de la metrópoli se haría cargo del despacho del gobernador utilizando las armas si fuera preciso, pero seria una situación muy grave.

—Llevando las cosas aún más lejos, ¿y si sus ayudantes le apoyasen?

—¿Una rebelión de la milicia policial?

—¿Por qué no? La larga permanencia lejos de la Tierra cambia la psicología y la mentalidad de los seres humanos, máxime si llevan uniformes y están acostumbrados a imponer sus decisiones.

—Sería una locura por su parte, llegarían aquí naves equipadas con milicianos de choque preparados para reducir a los insubordinados; eso sería ir muy lejos. ¿No crees que tienes demasiada fantasía y de tipo pesimista?

—Bien, esperemos que todas esas hipótesis que te he sugerido no tengan fundamento, Y tu tío, ¿cómo está?

—Mi tío, pues… —Langy vaciló, como si no deseara responder.

—¿No has podido verle?

—Aún no.

—¿También está fuera de la metrópoli?

—Eso me han comunicado y no es extraño. Mi tío, el doctor Polask, es un hombre al que le gusta retirarse del contacto social, prefiere estar con sus muñecos animados.

—Yo tengo vehículo propio. ¿Qué te parece si vamos a visitarlo juntos?

Langy quedó pensativa y al fin aceptó.

—Sí, ¿por qué no? Visitar a mi tío no es nada oficial.

—Yo sigo con mi visado de turista, no creo que nadie pueda impedirme hacer una visita personal.

—De acuerdo.

—¿Sabes dónde se encuentra?

—No exactamente, pero ya lo averiguaré. Será mejor ir contigo.

—El profesor Shorensen también querrá verle.

—Sí, sí. Por cierto, he visto al gigantesco profesor Shorensen desde lejos, tenías razón.

—Tendrá que contratar un vehículo descapotable, de lo contrario no cabrá.

—Me comunicaré con él por si conoce la dirección exacta de mi tío.

—¿Cómo te comunicabas con tu tío?

—Cuando estaba en el planeta Tierra, por la línea de televideofono normal. Desde que decidió venir aquí, no he hablado con él.

—Bien, ya hablaremos de todo eso. ¿Qué te parece si bailamos un poco?

—Sí, ¿por qué no? Se supone que hemos venido a la videoteca a pasarlo bien.

Bailaron y la simpatía que ambos habían notado el uno hacia el otro nada más conocerse se fue convirtiendo en algo más profundo. Los dos lo notaron, mas prefirieron no hablar de ello.

Langy se sentía como embriagada entre los fuertes brazos de Alios

Koel, que transpiraban vigor y también tacto, delicadeza.

Salieron de la videoteca; prefirieron pasear por unos jardines a la luz reverberada por Yellow-2, una luz que alteraba un tanto los colores, pero que permitía ver los rostros con nitidez. Los ojos brillaban más.

—Langy, no te lo he preguntado, pero supongo que no estás aparejada, ¿verdad?

Ella, que había quedado ceñida por la cintura, denegó con la cabeza. Sus pupilas azuladas sonreían y también su boca en la que asomaban ligeramente los dientes.

—Pensarás que soy un aventurero del que no conviene fiarse porque donde quiera que va tiene amores. .

—Aja.

—Lo suponía, y no te lo reprocho.

—Porque es cierto, ¿verdad?

—No soy ningún monje y al viajar tanto por los espacios siderales...

—No sigas, no necesitas excusarte.

Alios inclinó la cabeza hasta encontrar con sus labios los de la mujer. Se besaron larga, profundamente, como quien saborea el perfume penetrante y sugerente de una flor exótica.

—Es el último beso, Alios —le dijo ella con voz ronca.

—¿Por qué?

—Porque me gustas en serio.

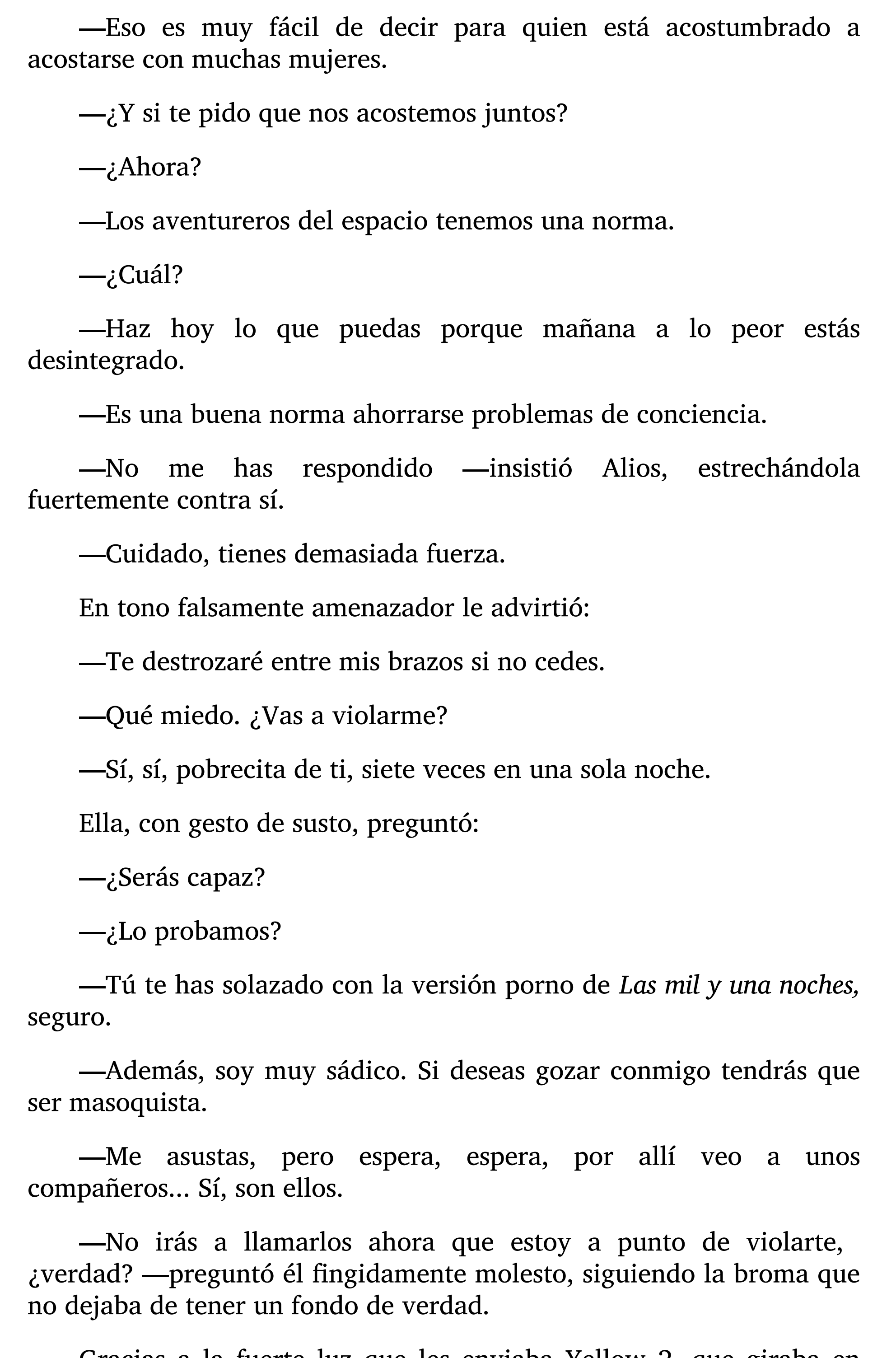
—¿Y porque te gusto en serio no podemos volver a besarnos?

—Para ti sería una conquista más, la funcionaria que trata de conseguir que quiten el sello de caducidad a tu licencia de cosmonauta explorador.

—Comprendo, tú quieres algo más.

—Sí.

—Para mí tampoco eres una chica más.


—Eso es muy fácil de decir para quien está acostumbrado a acostarse con muchas mujeres.

—¿Y si te pido que nos acostemos juntos?

—¿Ahora?

—Los aventureros del espacio tenemos una norma.

—¿Cuál?

—Haz hoy lo que puedas porque mañana a lo peor estás desintegrado.

—Es una buena norma ahorrarse problemas de conciencia.

—No me has respondido —insistió Alios, estrechándola fuertemente contra sí.

—Cuidado, tienes demasiada fuerza.

En tono falsamente amenazador le advirtió:

—Te destrozaré entre mis brazos si no cedes.

—Qué miedo. ¿Vas a violarme?

—Sí, sí, pobrecita de ti, siete veces en una sola noche.

Ella, con gesto de susto, preguntó:

—¿Serás capaz?

—¿Lo probamos?

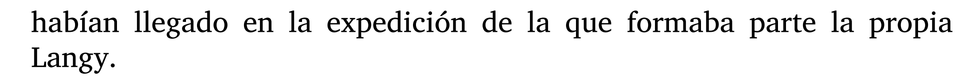
—Tú te has solazado con la versión porno de *Las mil y una noches,* seguro.

—Además, soy muy sádico. Si deseas gozar conmigo tendrás que ser masoquista.

—Me asustas, pero espera, espera, por allí veo a unos compañeros… Sí, son ellos.

—No irás a llamarlos ahora que estoy a punto de violarte, ¿verdad? —preguntó él fingidamente molesto, siguiendo la broma que no dejaba de tener un fondo de verdad.

Gracias a la fuerte luz que les enviaba Yellow 2, que giraba en torno a Yellow-3, pudieron ver a distancia a los dos funcionarios que


habían llegado en la expedición de la que formaba parte la propia Langy.

—Que no nos vean —dijo Alios, arrastrándola tras unos setos.

—¿Por qué no? Ellos pueden salvarme de tus garras —contestó ella, sonriente y al mismo tiempo satisfecha de sentir la presión de los brazos y las manos masculinas.

De pronto, apareció un vehículo de la milicia policial que iluminó a los dos funcionarios ministeriales con su monofoco. Descendieron tres milicianos armados y encañonaron a los funcionarios.

Langy y Alios pudieron oír palabras, eran protestas. Poco después los funcionarios eran esposados e introducidos en el vehículo, que se puso en marcha, desapareciendo.

—¡Esto es un atropello! —protestó Langy.

—Bueno, ya has visto con tus propios ojos que aquí los atropellos son un suceso cotidiano del que no hay que sorprenderse.

—Pero ¿por qué, por qué?

—Creo que la respuesta la tiene el gobernador. ¿Quién es el jefe de vuestra expedición oficial?

—El comisionado Dorenko.

—Pues cuéntale lo que has visto. Me da la impresión de que al gobernador Randolph no le ha gustado vuestra visita.

—Será porque tiene algo que ocultar.

—Es posible y no estaría de más que tomaras precauciones.

—¿Yo? —se asombró Langy.

—Sí, a tus compañeros acaban de detenerlos y es posible que a ti te suceda lo mismo.

—No puedo creerlo, se tratará de un error. Regresemos al hotel, por favor.

—Me temo que eso es peligroso.

—Alios… ¿Tratas de infundirme miedo?

—No, no es eso; sólo intento que te des cuenta de la realidad. No sé lo que pasa, pero, sea lo que sea, no es bueno.

CAPITULO VII

Alios Koel arribó al hotel con su vehículo AHC, cautelosamente, con el monofaro apagado y buscando las sombras.

Cuando se colocó en el estacionamiento, mantuvo todas las luces apagadas.

Langy preguntó:

—¿De verdad temes que me detengan?

—No lo sé, es sólo una intuición.

—Estás hablando de la milicia policial como si fueran unos delincuentes.

—No sé lo que son, pero ya no me fio de ellos y será mejor que tú hagas lo mismo antes de que sea tarde.

—Hay momentos en que pienso que te burlas de mí.

—¿Y tus compañeros?

—Puede tratarse de un error. Alios, Alios, creo que me aturdes y ya no sé lo que digo ni lo que hago… —Abrió la portezuela y, resuelta, abandonó el vehículo.

—¡Espera!

Langy aceleró el paso, incluso llegó a correr un poco. Era como zafarse de un influjo que creía la estaba dominando.

Entró en el hotel. Recogió su llave magnética y se fue a su habitación. La colocó en la ranura y la puerta se abrió automáticamente. Cuando en el interior de la estancia descubrió a tres hombres uniformados, con cara de pocos amigos, tuvo un sobresalto.

—Es usted Langy, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué hacen en mi habitación? Esta es área privada.

—Tendrá que acompañarnos.

—¿Adonde?

—A la comandancia de policía —dijo el qué llevaba dos soles que le identificaban como sargento.

—¿Para qué?

—No lo sé, sólo cumplo órdenes. Supongo se tratará de alguna formalidad.

—Dígales que iré mañana por la mañana, ahora tengo sueño.

—Lo siento, tiene que acompañarnos en este momento.

—¿Y si me niego? —inquirió, desafiante.

—Tendremos que colocarle las esposas electrónicas —le advirtió el sargento.

La joven sintió un escalofrío en el espinazo. Había oído hablar de las esposas electrónicas y sabía que podían producir dolorosos calambres a quienes las tuvieran colocadas. De esta forma, eran controlados u obligados a caminar o a obedecer cualquiera otra orden qué se les diera.

—Está bien, no hace falta que me pongan las esposas. Iré a la comandancia y esclareceremos esta situación tan desagradable.

Antes de que le colocaran las esposas en contra de su voluntad, Langy salió de la habitación y tras ella lo hicieron los tres milicianos policías.

El sargento caminó tras ella y los dos agentes se pusieron a ambos lados. La muchacha lamentó no haber hecho caso a Alios Koel; ahora también ella había sido sorprendida.

¿Qué estaba ocurriendo? No comprendía nada, pero sí era cierto que Alios Koel tenía razones más que fundadas para sospechar.

Pasaron por el *hall* del hotel, no había nadie en conserjería. Salieron al exterior cuando de pronto, como si fuera un alud, cayó sobre ellos una fuerza demoledora.

Alios Koel, sin armas, empleando sus puños, codos, pies y rodillas, golpeó a los milicianos.

Uno de ellos salió disparado contra la pared, alcanzado por un patadón en el mentón. Quedó tendido tras golpearse con la pared. Otro recibió tan duros codazos en el tórax que se tambaleó.

Alios, que tenía que luchar contra todos al mismo tiempo, le

golpeó con el tenar en la unión de los ojos, con tal fuerza que uno de los ojos saltó fuera de su órbita. Lo que vio entonces, le dejó atónito.

—¡Cuidado, Alios! —gritó Langy.

Aquel instante de sorpresa al quedar frente al miliciano policial al que le había saltado un ojo, lo aprovechó el sargento desenfundando su arma, que, sin duda alguna, iba a utilizar contra él.

Alios logró sujetarle la muñeca armada y el disparo se fue hacia el aire, el rayo de luz vivísima se perdió en lo alto. Forcejearon hasta que Alios consiguió doblarle la muñeca y apuntar al cuerpo del propio sargento.

—Ahora dispara —masculló, forzándole a hacerlo.

La luz vivísima chisporroteó entre ambos, el hedor a quemado se desparramó en torno a ellos. Un boquete negruzco se abrió en el cuerpo del sargento.

Alios le quitó la pistola al tiempo que cogía a Langy por el brazo y la apremiaba:

—Hay que marcharse, nos buscarán en seguida.

Montaron en el AHC y se alejaron del hotel a gran velocidad.

—Alios, Alios, ¿qué sucederá ahora?

—No lo sé, pero hay que esconderse. Dentro de poco, todos los vehículos de la milicia policial nos estarán buscando.

—Pero ¿por qué?, ¿por qué?

—¿Tú no lo sabes?

—No, te juro que no.

—Pues te llevaban detenida. ¿No es cierto?

—Sí, sí, pero no me han dicho por qué.

—¿Te has dado cuenta de lo más importante?

—¿El qué?

—No son humanos.

—¿Cómo?

—Son robots, humanoides.

—¿Qué dices? —repitió, más sorprendida que interrogante.

—No hay duda alguna. Detrás del ojo, que parecía natural, estaba la conexión, no había sangre, y el otro no olía a carne quemada at recibir el disparo, sino a cables eléctricos chamuscados, a aceite quemado.

—No es posible. Los milicianos policiales son terrícolas en todas partes.

—Pues aquí, no. Posiblemente, esos humanoides los han suplido.

—¿Cómo y dónde están los humanos?

—Será difícil de averiguar. A un robot no se le puede interrogar como a un humano terrícola. Están programados para actuar como humanos hasta cierto punto, pero carecen de conciencia, sólo obedecen órdenes.

—Son tan perfectos que han conseguido engañarnos —observó ella.

—Perfectos, humanoides perfectos; ésa es la clave.

—¿Qué clave?

—Tu tío, el doctor Polask, ¿no hace humanoides perfectos porque se considera un artista?

—Sí, sí, pero no puedo creer lo que insinúas.

—¿Por qué está en un lugar escondido?

—No lo sé, es poco sociable.

—Terminaremos averiguándolo y si no nos exterminan antes, sabremos qué es lo que hay detrás de esos humanoides. Por el momento, hay que tomar ciertas precauciones.

—No, no puedo creer lo que insinúas—insistió ella.

—Cuando lleguemos al astropuerto tendrás que colocarte atrás, bajo una manta que hay, y quedarte muy quieta.

—¿Al astropuerto?

—Sí, tengo que recoger algo. Lo mejor sería subirse a la cosmonave y largarse de aquí, aunque es posible que eso ya lo tengan

previsto también.

—¿El qué?

—Si se les escapa una cosmonave, posiblemente tengan preparadas unas escuadrillas de combate para interceptar su huida.

—Hablas como si todos los milicianos que controlan la colonia fueran humanoides.

—Es posible que lo sean. A simple vista no se diferencian de otros.

—Es absurdo, no pueden controlar nada. En el momento en que se sepa que unos humanoides han ocupado los puestos de los milicianos, vendrán las fuerzas de choque para reducirlos.

—Tú lo has dicho bien: en el momento en que se sepa. Por eso será muy importante para ellos que la noticia no salga de este planeta.

—No podrán mantenerlo oculto durante mucho tiempo. En la Tierra estarán esperando noticias nuestras, me refiero a la expedición de la que yo formo parte.

—¿Y no te has preguntado por qué querían secuestrarte?

—No, no caigo.

—¿Y si lo que intentan es hacer un doble de ti y de tus compañeros?

—¿Un doble?, ¿estás loco?

—Es una idea que se me ha ocurrido. Es posible que esté equivocado, pero ¿y si fuera verdad?

—No acabo de comprenderlo.

—Estaría claro. Imagínate que alguien, no sabemos quién, pretende ocupar todos los puestos clave. Saca copia de los humanos y luego los hace desaparecer, poniendo en su lugar a los humanoides que controla perfectamente.

—Pero, pero ¿quién podría hacer semejante cosa?

—No lo sé, alguien.

—¿Y por qué hacer un doble mío?

—Un doble de todos los que formáis la comisión de inspección. De esta forma no enviaríais al Ministerio vuestras observaciones; es

más, si esto, que sólo es una suposición, se confirmara, luego enviarían al planeta Tierra a los mismísimos humanoides que irían copando puestos claves.

—¿Una invasión de humanoides?

—¿Por qué no? Es una posibilidad. Nadie sospecha de ellos, son tan exactos a nosotros los humanos que nadie los detecta. Y ahora —detuvo el vehículo— ponte atrás y escóndete, veremos si hay suerte.

—¿Y si me descubren?

—No me quedará más remedio que utilizar el arma que tengo. Si se trata de una invasión de humanoides controlada por alguien maligno o algún poder que desconocemos, nos exterminarán.

Mientras se escondía debajo de una manta, Langy preguntó:

—¿Crees que todos los milicianos policías son humanoides?

—Lo ignoro.

—Alios, Alios, me parece una pesadilla todo lo que estás diciendo.

—Quédate quieta, llegamos al control del astropuerto.

Detuvo el vehículo. Un miliciano le saludó y le pidió:

—Tarjeta de identificación.

Alios Koel le tendió su tarjeta que el vigilante colocó dentro de la ranura de un aparato que llevaba sujeto al ancho cinturón. Al poco, se encendía una luz verde.

Devolvieron la tarjeta a Koel, que permanecía atento y con la pistola cerca por si se veía obligado a utilizarla. Había tres vigilantes y atacar a los tres a un tiempo iba a ser difícil. Por otra parte, tratar dé huir con el vehículo era una locura, ya que las armas lo incendiarían con suma facilidad.

Cuando reanudó la marcha en dirección a su nave *Liberty Falcon 2,* suspiró más tranquilo.

—¿Hemos pasado ya? —preguntó Langy con un susurro.

—Sí, puedes salir.

Desde el propio vehículo, por teleonda, hizo salir la rampa de acceso a la puerta, la cual se abrió automáticamente mientras el AHC

ascendía y se introducía en la nave.

—¡El lobo! —exclamó Langy al ver al gran animal a través de los cristales del vehículo.

—No temas, «Ricky» no te hará nada.

No obstante, el lobo vespuciano gruñó agresivo. Alios Koel salió del vehículo y le silbó, modulando los tonos, lo que tranquilizó al animal.

—¿Puedo salir?

—Sí, ya puedes.

—Con ese silbido le hablas al lobo, ¿verdad?

—Sí, algo de eso hay. Ahora estate quieta.

—¿Por qué?

—Te olfateará para reconocerte, es como un control biológico. En el futuro ya tendrá tu olor en su memoria.

Langy salió del vehículo y se quedó quieta mientras el lobo acercaba su hocico y la olfateaba detenidamente. Cuando terminó, emitió como un gemido y movió la cabeza.

—¿He pasado la revisión?

—Sí.

Se internaron en la nave. Alios le dijo:

—Aquí estaremos seguros porque no creo que se les ocurra destruir esta nave en el propio astropuerto. Ignoro hasta qué punto han llegado en la sustitución de humanos por humanoides.

—Todavía no lo puedo creer y más pensando en que mi tío Polask puede estar involucrado en esto.

—Creo que podemos comer un poco y descansar.

—¿Descansar, dices?

—Sí, es lo mejor. Se nos van a presentar horas difíciles.

—Por la mañana debo ir a los despachos de gobernación.

—¿Después de que han tratado de detenerte?

—Sí, es cierto —suspiró—. De todos modos, tendré que presentarme para esclarecer la situación. Aquí no se puede huir por mucho tiempo.

—Yo te acompañaré, pero es mejor comer y descansar un poco. Dejaré el receptor de noticias conectado por si se difunde algún comunicado oficial sobre lo ocurrido en el hotel y también la banda general al magnetófono por si algún particular lanza alguna llamada de alarma.

—¿Crees que alguien más ha podido darse cuenta?

—Los exploradores de este lugar ya están molestos y sospechan algo, pero no saben a ciencia cierta el qué. Quizá lo ocurrido a una subcolonia no sea accidente, sino una masacre.

—¿Por parte de quién?

—Pudiera ser causada por los humanoides que van eliminando obstáculos. De todos modos, creo que aquí estamos seguros mientras no tratemos de enviar una llamada de alarma al planeta Tierra.

—¿Podrías lanzarla?

—Sí, mientras no creen interferencias en torno a la nave. Es posible que permanezcan atentos a cualquier mensaje que podamos enviar. Si no lo hacemos, quienes nos vigilan se tranquilizarán.

Alios preparó cena pese a que Langy insistió en que no tenía hambre. Sin embargo, el olor que despedía la comida era tan apetitoso que ella terminó por comer, opinando:

—Está muy bueno.

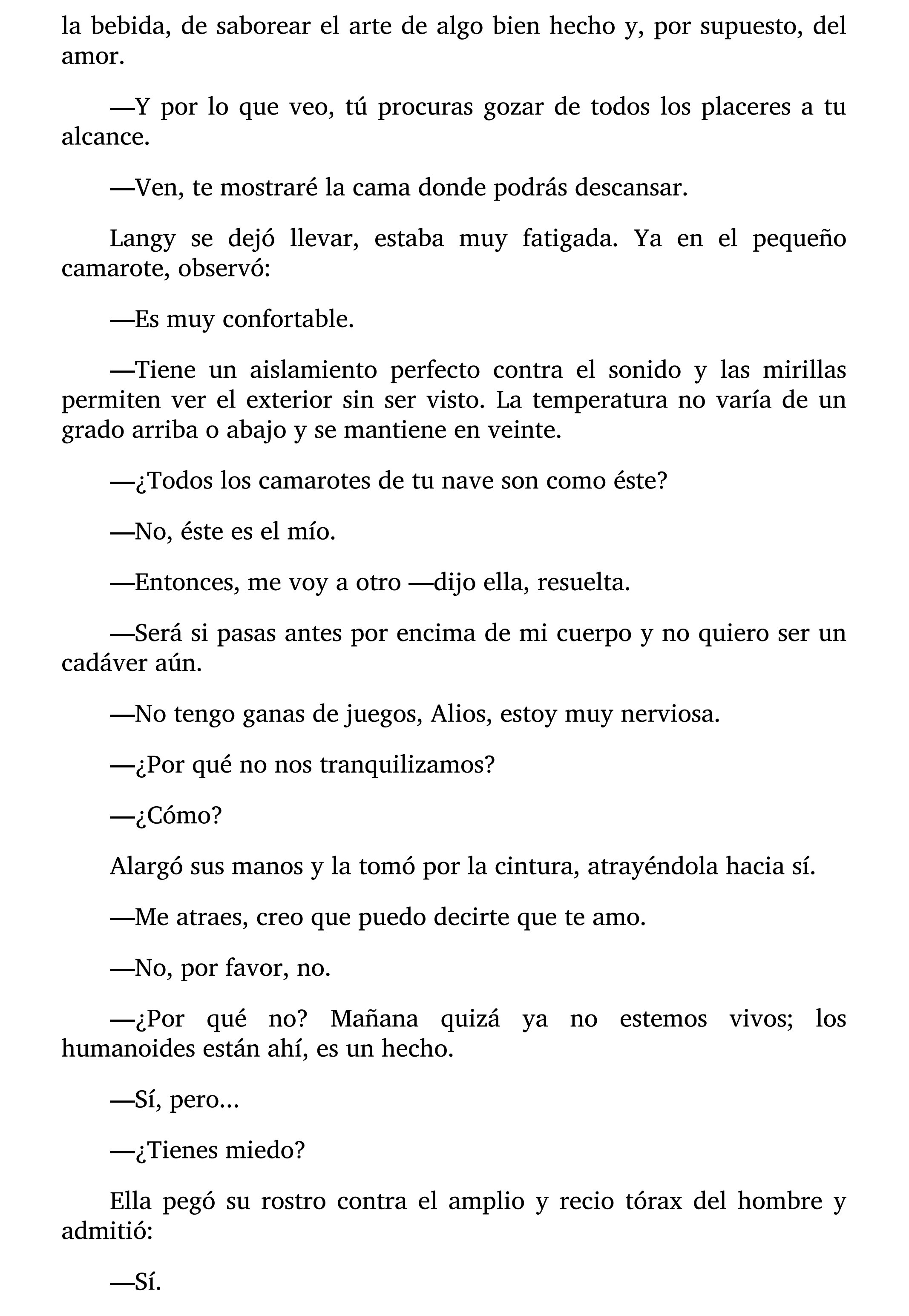
—No me gusta aumentarme de píldoras envasadas, prefiero guisarme los alimentos. En esto también soy algo primitivo.

—¿Dónde consigues alimentos naturales?

—Naturales naturales, es imposible; naturales congelados, sí, aunque pierden algo de su aroma. Los voy comprando aunque tenga que pagar precios de mercado negro. Si nos alimentamos sólo de preparados sintéticos, sobrevivimos, es cierto, pero ¿qué habremos hecho con el placer de la comida?

—¿No renuncias a los placeres?

—No, es la parte agradable de la vida. El placer de la comida, de



la bebida, de saborear el arte de algo bien hecho y, por supuesto, del amor.

—Y por lo que veo, tú procuras gozar de todos los placeres a tu alcance.

—Ven, te mostraré la cama donde podrás descansar.

Langy se dejó llevar, estaba muy fatigada. Ya en el pequeño camarote, observó:

—Es muy confortable.

—Tiene un aislamiento perfecto contra el sonido y las mirillas permiten ver el exterior sin ser visto. La temperatura no varía de un grado arriba o abajo y se mantiene en veinte.

—¿Todos los camarotes de tu nave son como éste?

—No, éste es el mío.

—Entonces, me voy a otro —dijo ella, resuelta.

—Será si pasas antes por encima de mi cuerpo y no quiero ser un cadáver aún.

—No tengo ganas de juegos, Alios, estoy muy nerviosa.

—¿Por qué no nos tranquilizamos?

—¿Cómo?

Alargó sus manos y la tomó por la cintura, atrayéndola hacia sí.

—Me atraes, creo que puedo decirte que te amo.

—No, por favor, no.

—¿Por qué no? Mañana quizá ya no estemos vivos; los humanoides están ahí, es un hecho.

—Sí, pero...

—¿Tienes miedo?

Ella pegó su rostro contra el amplio y recio tórax del hombre y admitió:

—Sí.

—¿De qué?

—No lo sé.

—Todos tenemos una capacidad de amar que podemos y debemos volcar en el ser al cual amamos porque así, sólo así, revertirá sobre nosotros mismos.

—¿Y si te dijera que nunca he amado antes?

—Te diría que estás en el momento más adecuado para comenzar. Hacerlo en la adolescencia es como privar de su salsa a un buen guisado. Hay quien dice que no quiere salsa, pero si el paladar está cuidado, sí desea aromas para poderlos saborear con detenimiento, sin prisas. Por otra parte, si se aprende a amar demasiado tarde, los sentidos no han sido educados y se corre el riesgo de fracasar.

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Langy no pudo sostener sus ojos abiertos, una oleada de gozo y calor al mismo tiempo invadió su cuerpo. Su resistencia se disolvió en el aire, que fue succionado por los purificadores de ambiente.

Le agradó sentir las manos fuertes en su cuerpo, acariciándolo, y se estremeció mientras notaba que estaba siendo desnudada sin que ello la molestara, todo lo contrario.

Con los ojos cerrados, vio pasar cometas luminosas por sus retinas. Alios Koel tenía razón; si al día siguiente ya podían estar muertos, ¿por qué rechazar el amor en aquellos momentos, un amor sano, un amor de entrega y no egoísta?

CAPITULO VIII

Cuando Langy despertó, se hallaba tendida en la confortable cama de Alios Koel, el aventurero espacial. La habitación conservaba el calor del hombre, pero él no estaba.

Desperezó su cuerpo entre gratos estremecimientos y cerró los

ojos, como gozando con sus recuerdos. Se sintió a gusto, pero luego recordó lo ocurrido en el hotel y los recuerdos agradables se esfumaron de su mente.

Minutos más tarde, avanzaba por un angosto corredor cuando se encontró frente a frente con «Ricky», el lobo vespuciano, que se la quedó mirando.

Langy tuvo miedo de aquel animal peludo y blanco, de largo hocico y con más de cien kilos de peso. Si se ponía de pie sobre sus patas posteriores, le sacaba en altura toda la cabeza a la propia Langy.

«Ricky» avanzó hacia ella y la empujó ligeramente con la cabeza. No era realmente un empujón, sino una presión cariñosa por parte del animal contra su cuerpo, buscando el contacto físico.

—Hola, «Ricky». ¿Dónde está tu amo?

El animal gimió ligeramente y ella le acarició la cabeza, sorprendida de sí misma, pues siempre había oído decir que los lobos vespucianos eran de temer.

Llegó a la cabina de pilotaje de la nave siguiendo al propio «Ricky», que se puso a caminar delante de ella.

—Buenos días, Langy.

—Hola, Alios —saludó ella.

Notó un ligero rubor en sus propias mejillas, pero al no descubrir ningún gesto burlón en el rostro masculino, sino todo lo contrario, pues había afecto y cariño en él, se sintió mejor.

—¿Cómo estás?

—He recordado que tenía que ir al gobierno miliciano.

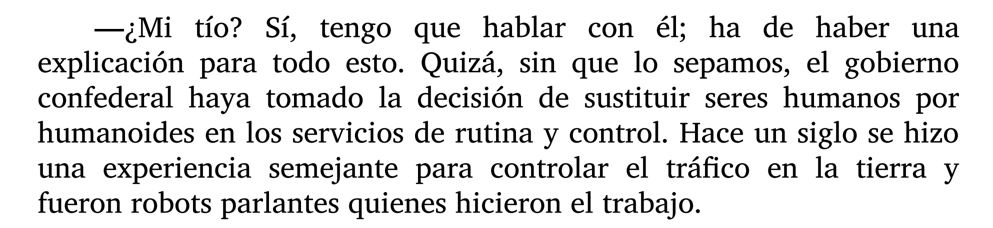
—Sí, luego saldremos a dar la cara; no sé qué tal nos va a ir. Parece que nadie ha dicho nada por las ondas acerca de lo ocurrido a los milicianos policías en el hotel.

—¿Crees que lo mantienen secreto?

—Es posible y si se trata de humanoides pueden reponer a tos muertos.

—¿Tan fácil es?

—Se lo preguntaremos a tu tío, el doctor Polask.


—¿Mi tío? Sí, tengo que hablar con él; ha de haber una explicación para todo esto. Quizá, sin que lo sepamos, el gobierno confederal haya tomado la decisión de sustituir seres humanos por humanoides en los servicios de rutina y control. Hace un siglo se hizo una experiencia semejante para controlar el tráfico en la tierra y fueron robots parlantes quienes hicieron el trabajo.

—¿Robots parlantes?

—Sí, se notaba mucho que eran robots. De aquellos robots parlantes a los humanoides hay un abismo. Un humanoide toma bastantes decisiones por sí mismo y, sin embargo, se mantiene siempre sumiso a la computadora que los gobierna a distancia y quien controla la computadora es su amo, su dios.

—He tratado de ponerme en contacto con tu tío, el doctor Polask.

—¿Y?

—No lo he conseguido. Se me ha notificado que está en área vigilada.

—¿Área vigilada?, ¿qué quiere decir eso?

—No lo sé, pero sí sé que no he podido ponerme en contacto con él. Sin embargo...

—¿Qué?

—He hablado con un amigo mío que a su vez ha oído rumores.

—¿Te ha dicho algo sobre mi tío?

—Sí, en clave.

—¿Por qué en clave?

—Por si éramos escuchados. Los exploradores tenemos nuestros sistemas para comunicarnos lugares y situaciones sin que nos entiendan. Lo hacemos para que no nos roben los yacimientos de metales que podamos descubrir.

—¿Crees que podrás dar con él?

—Mi amigo Dennis ha dicho que no está seguro por completo, ya que es un área prohibida, pero que supone que sí.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Esperar. He hablado también por videoteléfono con el profesor Shorensen.

—¿Sabe algo él?

—Dice que quiere hablar contigo, que se está volviendo loco porque no consigue ponerse en contacto con tu tío.

—¿Y qué puedo decirle yo?

—Nada, ya lo sé.

—Nuestras comunicaciones con mi tío el doctor Polask llegaban bien.

—Sí, eso es lógico, pero al aproximarte, ellos cierran el paso al contacto social.

—¿Crees que mi tío está secuestrado?

—Pudiera ser. No quisiera pensar que es él el diabólico inventor de la idea.

—No, eso es imposible, mi tío jamás ha sido belicista.

—Bueno, al final de todo este asunto ya lo veremos, si es que nos dejan vivir lo suficiente para comprobarlo.

—¿Cómo has quedado con el profesor Shorensen?

—Le he marcado una ruta.

—¿Para qué?

—Para encontrar a su amigo y colega el doctor Polask.

—¿Un camino, acaso tú no lo conoces?

—Por los datos que me ha dado mi amigo Dennis, he averiguado el lugar y he trazado varias rutas posibles. Dos de ellas pasan por unas subcolonias. No te preocupes, de todo este asunto me encargo yo. Ahora, si te sientes bien, desayunaremos un poco y emprenderemos la marcha.

—¿De verdad, ahora mismo?

—Sí, a menos que prefieras ir a los despachos del gobernador.

—Es mi obligación, pero he meditado sobre ello y tengo miedo.

—Haces bien en tenerlo. Si te retienen allí dentro, jamás volverás a salir con vida si los que ostentan el poder son humanoides. Los humanoides no tienen conciencia; para ellos, destruir con sus armas a un ser humano es lo mismo que destruir un árbol o triturar una piedra. No hay vacilación al cumplir una orden aunque sea una orden que lleve implícita una acción criminal.

—¿Y si los humanoides sólo fueran unos pocos?

—Mejor, pero hay que moverse antes de que ellos se adueñen por completo de la colonia de Yellow-3. Además, existe el peligro de que desde aquí vayan enviando humanoides al planeta Tierra como si fueran seres humanos y lo invadan de este modo. Sería la Operación Cambio.

—¿Los milicianos han hecho alguna llamada?

—Aún no.

—¿Sabrán que yo estoy aquí?

—Lo ignoro; de todos modos, saldremos de la nave muy pronto, pero antes tengo que hacer unas grabaciones.

—Ahora voy a prepararte yo el desayuno.

—Magnífico, tengo mucho apetito. Se ve que dormir contigo me despierta el hambre.

Langy carraspeó y se alejó sin hacer comentarios.

Transcurrieron los minutos. Todo se hallaba en calma; nadie podía decir que estuviera ocurriendo algo grave, porque no se detectaba ningún síntoma visible de la invasión de los humanoides o lo que Alios Koel había dado en llamar Operación Cambio.

Subieron al vehículo. Alios silbó y «Ricky» se introdujo también en el AHC tras ellos.

—¿Viene el lobo con nosotros?

—Sí, es muy listo, ya lo irás comprobando.

—Con esa cabeza tan grande que tiene, da un poco de miedo. De una sola dentellada, podría partirnos el cuello.

—Sí, podría decapitarnos, pero no lo hará, por lo menos a nosotros. En general, todos los cánidos, terrícolas y extraterrestres, sienten una gran fidelidad por su amo, una fidelidad que puede



llevarles a la muerte incluso sin rebelarse contra el propio amo.

—Es que yo no soy su ama.

—Ya te he dicho que es muy listo, él ya te considera mi pareja. ¿No es cierto, «Ricky»?

Como si el animal comprendiera, le propinó un lengüetazo a Langy en el cuello.

—Oh, me ha mojado. ¿Hace lo mismo con todas las que llevas a tu nave?

—No. por supuesto que no.

—Por favor, Alios, no te burles de mí; me siento desconcertada.

—Si nos salen al paso tratando de interceptarnos, actuaré.

—¿Llevas armas?

—Sí, ahora llevo algo más que la pistola que le arrebaté ayer al miliciano policía.

—Si te capturan, te mandarán a trabajos forzados perpetuos en algún planetoide alejado de toda civilización.

—No pienso disparar contra los terrícolas, sino contra los humanoides.

—¿Y si te equivocas? Tú mismo has dicho que son tan iguales que es casi imposible distinguirlos.

—Sí, casi imposible, pero yo llevo un eficacísimo detector de elementos electrónicos.

—Bien, pero ten cuidado.

La nave se cerró tras ellos automáticamente. La computadora de a bordo seguía haciendo funcionar los circuitos elementales mientras los relés automáticos se ponían en marcha según la programación efectuada con anterioridad.

Mientras, el vehículo AHC llegaba a la salida de servicios donde había tres milicianos que les dieron el alto.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alios.

—Apéense un momento —les pidió el que parecía mandar el trío.

—Salgamos.

Una vez fuera del vehículo —«Ricky» también salió—, les exigieron:

—Tarjetas de identificación.

El lobo blanco, mirando a uno de ellos, gruñó amenazador; el miliciano no le hizo el menor caso.

Alios dio un silbido modulado y «Ricky» saltó sobre la garganta del miliciano con una velocidad tal que sorprendió a todos menos a Alios, que esperaba que el lobo se comportara de tal forma.

Los colmillos del lobo vespuciano se cerraron con un golpe seco en torno a aquel cuello, que se partió en dos. La cabeza rodó por el suelo produciendo chisporroteos y dejando a la vista cables algo rotos.

—¡Es un humanoide! —exclamó Langy.

Alios, que se había provisto de una pistola pequeña, apuntó a los otros dos.

—¡Quietos!

Los milicianos robots no hicieron caso de la orden; no estaban programados para obedecer a nadie que no fuera quien les gobernaba. Pero Alios Koel, antes de que ellos lograran encañonarle, les disparó a su vez.

Los dos cuerpos se inflamaron y al caer Langy pudo ver lo que en realidad eran.

—¡Cielos, son humanoides también!

—¡Al carro!

Los dos terrícolas y el lobo vespuciano subieron al vehículo, mientras los cuerpos caídos despedían un desagradable hedor a cables, a plásticos chamuscados. En el astropuerto comenzó a oírse la sirena de alarma.

Alios Koel no era ningún forastero en el planeta Yellow-3; conocía sus rutas, sus caminos, y escogió una senda abrupta y rocosa que les permitía no ser detectados más que desde el espacio.

Sin embargo, sabía que podían ser seguidos por un satélite artificial de control, aunque no sería fácil debido a la angostura de aquella especie de valle seco y rocoso, un larguísimo cañón que dejaba

en miniatura al Cañón del Colorado terrícola, ofreciendo multitud de posibilidades para ocultarse.

—¿Por qué nos detenemos ahora? —preguntó Langy al ver que Alios paraba su vehículo tras introducirlo en una oquedad natural abierta en la pared rocosa.

—En estos momentos nos estarán buscando, hay que dejar pasar un poco de tiempo. Hemos conseguido alejarnos y aquí dentro no hay detector que nos descubra.

—He pasado mucho tiempo en el control de vigilancia del astropuerto.

—¿Te convences ahora de que son humanoides?

—Sí, pero ¿y el lobo?, ¿cómo lo ha sabido él?

—Está entrenado, sabe distinguir un robot de un ser humano mucho mejor que nosotros. Huelen distinto, a aceites refinados para que todo funcione perfectamente. En adelante, «Ricky» atacará a los humanoides. Supongo que quien ha construido los robots ha pensado en los ojos humanos y cómo engañarlos, pero no ha debido pensar en el olfato de un cánido como un lobo o un perro y tampoco en los sonidos,

—¿Los sonidos? No entiendo.

—Sí, nosotros, al movernos, producimos ruidos insignificantes a los que el animal está acostumbrado. Los humanoides forzosamente deben producir otros ruidos no detectables por el oído humano, pero sí por el de un perro o un lobo, ruidos casi inaudibles, cables que se deslizan sobre ruedecillas, engranajes, microrrelés, etcétera. Todo eso produce ruiditos muy pequeños, pero para el oído de un lobo vespuciano no pasan desapercibidos.

—¿Y tu detector de elementos electrónicos?

—No ha funcionado; es desagradable admitirlo, pero no ha funcionado.

—¿Por qué?

—Lo ignoro, quizá porque sí han pensado en esos detectores y de alguna forma consiguen engañarlos. Quien ha construido esos humanoides es un genio, no cabe duda; puede engañar a un detector distorsionando sus ondas o quién sabe cómo, no entiendo de alta ingeniería electrónica, pero en lo que no ha pensado es en los sentidos

de los animales.

—Ya no podremos regresar a tu casa.

—Es cierto, estará muy vigilada; aunque no les será fácil entrar en ella si lo intentan.

En el salpicadero lleno de mandos del vehículo *atom-hover-craft* se encendió en rojo uno de los pilotos luminosos. Alios, dándose cuenta, pulsó un botón y el rojo se transformó en verde. Se escuchó una voz grave.

—Atención, atención, se busca a la funcionaria del Ministerio de Asuntos Espaciales que ha sido raptada por un aventurero peligroso. Atención, atención, si la funcionaria Langy puede oír esta llamada, que se ponga a salvo como pueda e intente comunicarse con el puesto de la milicia policial más cercano. Atención, atención, repetimos, la funcionaria del Ministerio de Asuntos Espaciales llamada Langy ha sido raptada por un aventurero peligroso llamado Alios Koel. Va armado. Quien lo aviste, que dispare contra él, es altamente peligroso. Ha asesinado a seis milicianos policiales. Su descripción física es...

Alios cortó la recepción de aquel mensaje que, sin duda alguna, estarían captando todos los exploradores mineros y demás seres que habitaban en la colonia terrícola en el planeta Yellow-3.

—Alios, estás en situación de grave peligro.

—Yo diría que sentenciado a muerte. En cuanto me vean, me incineran.

—¿De verdad se creerán que estoy raptada?

—Posiblemente, es una técnica empleada a lo largo de la historia. Dicen que estás raptada y disparan contra mí; luego te tapan la boca a ti y final feliz, pero tú ya no vuelves a ver el sol. Se dice que por mi causa sufres un *shock* mental y es tan fácil colocarte unos electrodos en la cabeza y volverte idiota o catatónica para que jamás puedas decir «esta boca es mía»...

—Me da más miedo eso que morir.

—Y a mí también. De momento, el culpable oficial de tu desaparición soy yo; incluso ya tienen la coartada por si desde el gobierno de la Confederación hacen preguntas engorrosas. Yo seré el elemento perturbador.

—En cuando pueda, yo gritaré la verdad.

—No es tan fácil que te den esa posibilidad. —Suspiró—. De momento ya hemos conseguido salir del astropuerto, ahora nos toca esperar.

—Alios, «Ricky» está inquieto; míralo.

—Es cierto.

Se apeó del vehículo y se acercó a la entrada de la gruta.

—Mira, son vehículos milicianos que recorren el cañón; nos están buscando. Recuérdalo, Langy. Si van a capturarte defiéndete.

—¿Cómo?

—Con esto.

Le puso una pistola incinerante en la mano.

CAPITULO IX

El profesor Shorensen, después de pagar, abandonó el hotel cargado con sus pesadas maletas. Se sentía satisfecho de su aparente gigantismo que impresionaba a cuantos le veían.

Cruzó la metrópoli sin coger ningún vehículo público ni privado. Aquel robot ortopédico sobre el que iba montado era incansable, por ello caminaba y caminaba, subía escaleras o descendía por lugares difíciles sin problemas.

En realidad, aquel robot ortopédico era el vehículo que el profesor Shorensen utilizaba para desplazarse. Sus manos, encerradas dentro de! pecho del robot, controlaban la complicadísima máquina al tacto.

Cuando salió a las afueras de la metrópoli, comprobó que su cabeza rapada y aceitada no estaba preparada para resistir los rayos de los soles de aquel sistema estelar.

Se detuvo y descargó las maletas. Abrió una de ellas y sacó un yelmo de acero-plástico transparente, pero a la vez filtrante de rayos malignos. Cubrió toda su cabeza con aquella especie de burbuja de acero-plástico y la fijó bien al cuello del robot.

El sistema de refrigeración que tenía en el resto del cuerpo pasó al interior de aquel yelmo de supervivencia en medios de hostilidad térmica o de rayos malignos.

Cuando el acondicionamiento del aire le envolvió la cabeza y pudo inhalar el aire filtrado y fresco, suspiró de alivio.

«Esto era insoportable», se dijo.

Puso en marcha un receptor de FM y la burbuja se llenó de música, una música que le molestó y que no dudó en rechazar cambiando de onda hasta captar una música culta que le complació.

«Así está mejor», se dijo.

Cerró la maleta y reanudó la marcha, dando a su robot ortopédico el ritmo de *footing*.

Con la cabeza encerrada dentro del casco-burbuja, ésta parecía más proporcionada con el resto del cuerpo. Los brazos colgaban cargados con las maletas y debía estar muy bien contrapesado porque no vacilaba al avanzar.

Resultaba extraordinario, chocante e insólito, ver correr a aquel gigante por los páramos tórridos del planeta Yellow-3, un gigante cargado con sus maletas.

Orgulloso de su robot ortopédico, el profesor Shorensen trataba de rechazar otros medios de transporte. Había construido aquella máquina que te hacía olvidar su enanismo para convertirlo en gigante y dentro de aquel monstruo mecánico se sentía fuerte y poderoso. Le daba muchas posibilidades: calor, frío, aire purificado, luz en la noche, etcétera.

Siguiendo el plano, cuando llegó al lugar donde marcaba que había una subcolonia minera, quedó perplejo. Todo estaba arrasado, calcinado, hasta las piedras habían cambiado de forma al fundirse por alcanzar en aquel lugar altísimas, temperaturas.

Comprobó el nivel de radiación y vio que era alta.

«Aquí no puede haber vida», se dijo.

Con su incansable robot, que jamás jadeaba aunque recorriera kilómetros y más kilómetros, reanudó la marcha mientras provocaba un sube y baja que casi le daba la sensación de ir montado a caballo.

Pasó varias horas corriendo hasta que llegó a la subcolonia Oasis, situada en la confluencia de dos ríos donde la temperatura era moderada y crecía la vegetación.

Los terrícolas habían construido una presa en la confluencia ambos ríos, formando así un lago artificial que daba vida al entorno.

Cuando llegó al hotel, en conserjería se lo quedaron mirando como si Shorensen fuera un alienígena.

—Soy un terrícola, no tema. ¿Tiene habitación.

—Habitación, sí, pero una cama para usted, no, la verdad. Quizá juntando varias camas…

—No es necesario, con una cama normal paso.

—Si se acuesta en una cama normal, la va a partir —le objeto el conserje.

—No tema. Si se la parto, le pago diez veces su valor.

Ante aquella respuesta, el hotelero prefirió callarse. Tomó una magnetollave y se la entregó al profesor Shorensen.

—Bungalow quince.

—Ya llevaré yo mis maletas.

El bungalow tenía el techo justo y le obligó a inclinar su robot ortopédico. Ya a solas, le ordenó:

—Abajo.

El robot se arrodilló y le ofreció las manos a modo de peldaños para descender. Ya en el suelo, el profesor enano hizo diversos movimientos físicos para desentumecerse tras pasar horas sentado dentro del pecho de su maquina ortopédica.

Se enfrentó con el televideofono y llamó a la computadora central.

—Póngame en contacto con el doctor Polask, soy el profesor Shorensen.

Aguardo la respuesta y la bocina parlante de la computadora respondió:

-77

—No es posible la comunicación ahora.

—¿Cuándo será posible?

—Le será advertido en su momento, manténgase a la espera.

«Bueno, no tengo prisa», se dijo el profesor.

Se tendió en la cama, que resultaba grande, muy grande para su cuerpo enano mientras el robot ortopédico permanecía arrodillado como el más sumiso de los esclavos.

Se durmió hasta que un pitido largo, penetrante, le arrancó de su sueño.

Se volvió hacia la mesita de noche donde se hallaba el televideofono y pulsó la tecla correspondiente. Se iluminó la pantalla y apareció un rostro muy conocido y al que admiraba.

—¡Doctor Polask!

—¿Qué tal el viaje, profesor Shorensen?

—Muy bien; un poco largo, pero bien. Tenía grandes deseos de encontrarle.

—Me han comunicado que deseaba ponerse en contacto conmigo.

—Así es.

—Me hallo en un lugar alejado.

—Puedo ir adonde sea.

—No, no es necesario. Permanezca en el hotel, ya iré yo a verle. ¿Está con usted mi sobrina Langy?

—No, no está aquí; pero se reunirá conmigo.

—Magnifico, así les podré ver juntos. En cuanto pueda dejar el trabajo que tengo entre manos, iré a verle.

—Pero ¿cuándo?

—No tenga prisa, profesor Shorensen, yo también tengo muchos deseos de verle. Creo que entre los dos haremos grandes cosas, tengo muchos planes en mi mente.

—Magnífico, por eso he venido a verle.

—No olvide ponerse en contacto con mi sobrina, yo pasaré a recogerles a ambos.

—Estaré ansioso hasta que llegue ese momento, doctor Polask.

La pantalla del televideofono se apagó y la imagen del doctor Polask desapareció.

El profesor Shorensen suspiró, satisfecho, dejándose caer de nuevo en la cama.

«Al fin he dado con él… Seguro que juntos haremos grandes cosas, somos unos genios. Le mostraré mis últimos descubrimientos sobre biocinética, se va a quedar pasmado.»

Se rió, de pura satisfacción. Luego, poco a poco, como un niño, se durmió para soñar con robots biónicos y humanoides.

Según su pensamiento, la humanidad no tardaría en dejar de trabajar porque los humanoides serían los esclavos perfectos y sin remordimientos de conciencia.

Lo que él ignoraba era que los humanoides ya estaban siendo empleados y no en la forma pacífica que Shorensen soñaba.

CAPITULO X

—Ya es de noche, Alios. ¿Reemprendemos el viaje?

—No.

—¿Por qué?

—Si nos buscan por infrarrojos, es más fácil detectarnos de noche que de día. El calor irradiado por los soles calienta las rocas, la tierra misma, y despiden un calor semejante al de nuestro vehículo.

—¿Pasaremos entonces la noche aquí?

—Sí.

Ella le cogió por el cuello y, torciéndole ligeramente la cabeza, le besó en los labios.

—¿Deseas que nos aparejemos, Langy?

—Aja —dijo ella en tono de asentimiento—. Pero ahora...

—¿Ahora qué?

—Anda, dile a «Ricky» que salga de la gruta, me da vergüenza.

Alios Koel moduló unos silbidos y el animal se levantó, desperezándose. Salió de la gruta para que la pareja quedara a solas, dueña absoluta de su total intimidad.

Amanecía cuando la mano cariñosa y fuerte de Alios acarició el cuerpo femenino hasta conseguir despertarlo.

—Hum —runruneó ella.

—Nos vamos.

—¿Adonde?

—Despierta, cariño; la muerte nos espera.

—¿La muerte?

—Sí, la muerte o la vida para todos. Si nos quedamos quietos, ellos se apoderarán de todo el planeta y proseguirán su invasión en la Tierra. Hemos de abortar esa diabólica operación de cambio.

—Sí, sí. Dormía tan profundamente que no me acordaba de nada.

Alios preparó un desayuno frugal, del que participó «Ricky» comiendo varios botes completos.

Subieron al AHC y abandonaron la gruta reanudando la marcha del día anterior por aquel gigantesco y abrupto cañón que hería la superficie del planeta en más de dos millares de millas, como una gran cicatriz perenne causada por nadie sabía qué eclosión sísmica.

—¿Seguirán buscándonos? —preguntó Langy.

—Seguro, pero creo que más lejos. Estarán un poco desorientados.

—Controlar toda la superficie del planeta es muy difícil.

—Ellos creen que tienen dos puntos básicos para nosotros y los cercarán.

—¿Cuáles son esos dos puntos?

—Mi nave y el profesor Shorensen.

—Pues si nos dirigimos hacia donde él está, nos descubrirán.

—Envié al profesor Shorensen por una ruta distinta. El por supuesto, no lo sabe.

—¿Lo hiciste para crear una pista falsa?

—Sí.

—¿Puede ocurrirle algo al profesor Shorensen?

—Lo mismo que si se quedaba en la metrópoli, todo el día andaba preguntando por su amigo el doctor Polask. Eso habrá puesto nerviosos a quienes controlan a los humanoides.

—¿Y quiénes pueden controlar a los humanoides?

—Lo ignoro, pero tarde o temprano lo descubriremos. Creo que no estamos lejos de conseguirlo. Nosotros ya sabemos que existen los

humanoides ocupando los puestos de los milicianos que deben haber desaparecido, pero ellos también saben que nosotros conocemos este extremo. Es un enfrentamiento abierto. Ellos, por todos los medios, tratarán de que no nos comuniquemos con nadie.

—¿Y qué podemos hacer nosotros entonces?

—Encontrar la factoría de humanoides, el lugar donde los construyen.

—¿Para qué?

—Para destruirla.

—¿Cómo?

—No lo sé, cuando llegue el momento veremos la forma de conseguirlo. También hemos de entrevistarnos con tu tío, seguro que él tiene mucho que ver con la fabricación de los humanoides suplantadores.

—Yo no puedo creerlo.

—Cuando llegue el momento, lo averiguaremos.

Langy se quedó pensativa y preocupada. Al fin, preguntó:

—¿Crees que nosotros dos solos vamos a poder luchar contra un ejército de humanoides programados para pelear como milicianos?

—Es posible que no, pero entonces daremos la voz de alarma en todo el planeta y espero que todos se lancen a la lucha para no dejarse exterminar.

—Si consigues enviar ese mensaje por las ondas, ¿nos creerán?

—Confío en que sí, por lo menos crearemos la duda y si un terrícola se enfrenta a un miliciano se preguntará si es un robot o un ser humano como él.

Alios prefirió dar un gran rodeo para acercarse al lugar sospechoso. Para ello, tuvieron que viajar varias horas.

El suelo del planeta era hostil y en gran parte rocoso. Llegaron a la orilla de un caudaloso río. Alios no dudó en cerrar herméticamente el vehículo e introducirse en el río.

Langy lo miró interrogante, sin decir nada. El vehículo, transformado en un submarino de bolsillo, avanzó contra corriente sin

estar hundido del todo. Parte del techo transparente afloraba en la superficie del agua y dejaba una estela tras ellos.

A medida que avanzaba, la vegetación se fue haciendo más y más densa.

—¿Estamos cerca? —preguntó la joven.

—Por los datos que tengo, creo que sí; pero no podemos seguir avanzando con el carro, seria demasiado peligroso.

Introdujo el AHC entre unos cañaverales, no muy lejos de una especie de torreón de cemento armado que era una estación de bombeo de agua que, canalizada, era transportada desde allí a su destino.

Alios opinó:

—Esta estación de bombeo de agua puede abastecer a la factoría.

—¿Sigues convencido de que hay una factoría?

—Sí, y no tardaremos mucho en comprobarlo.

El lobo vespuciano les acompañaba mientras avanzaban entre la vegetación de la orilla del río.

Alios comprobó que no había cercas; no obstante, le dijo a la muchacha:

—Los siete u ocho pasos que faltaban para llegar a ese árbol, hay que reptar. —¿Reptar?

—Sí, mira la roca que hay a tu derecha.

—¿Sí?

—Hay un control electrónico. Si pasas caminando, seremos detectados.

—¿Y el lobo?

—También pasará reptando, ya lo verás.

Se echaron al suelo. Alios bajó la cabeza del animal, que avanza con las patas pegadas al suelo. Recorrieron el área peligrosa y luego volvieron a ponerse en pie.

—¿Ya está? —inquirió Langy.

—Por el momento —respondió Alios—. Es posible que nos saltemos algún control electrónico escondido, algún detector de vibraciones de pisadas.

—Si nos descubren, vendrán a por nosotros, ¿verdad?

—Sí. Ten la pistola a punto, es posible que la necesites para defenderte.

Siguieron avanzando hasta observar a distancia unos vehículos detenidos.

—¿Están allá?

—Eso parece —gruñó Alios.

—Hay unas entradas.

—Son las ruinas de un supuesto y antiquísimo templo.

—¿Un templo, dices?

—Si. Se sabe que hubo una civilización en Yellow-3 hace milenios, antes de que el planeta se desertizara en su mayor parte. Esa civilización desapareció, quizá fuera una civilización trashumante que llegó aquí procedente de algún otro planeta. Después de pasar un tiempo aquí, posiblemente unas generaciones, emigró a otra parte.

—He oído hablar de las civilizaciones trashumantes del espacio o los vagabundos del cosmos.

—Yo conocía estas ruinas. Es un gran templo con otras naves accesorias. Se halla todo dentro de la montaña rocosa; por su parte exterior sólo se ven las entradas.

—¿Y la luz?

—Existen grietas aparentes encima y las laderas de la montaña están cubiertas por cristales que aumentan.

—¿Es muy grande el interior?

—Si, muy grande. Varios hemos sido los que hemos explorado ruinas, pero no hemos encontrado nada fuera de lo puramente arqueológico. No hay metales ni rastro de los que construyeron esa especie de templo hace milenios. No dejaron ni siquiera imágenes en relieve, en bajorrelieve o en pintura. Jamás sabremos como eran.

—¿No estarán explorándolo ahora los milicianos?

—No, más bien creo que es otra cosa; ven.

Fueron de roca en roca por encima del nivel de las entradas del supuesto templo, reliquia de una civilización que posiblemente jamás llegarían a conocer.

Alios Koel se detuvo y comenzó a forcejear con una roca hasta que logró moverla y luego desplazarla. Apareció un boquete angosto tras ella.

—Nos meteremos dentro.

La galería tenía una longitud de unos diez metros, que tuvieron que recorrer gateando. Salieron a una especie de camino suspendido en la pared, en lo alto de una vasta nave que podían contemplar a placer.

—Este lugar debió ser utilizado por los que querían presenciar lo que aquí ocurriera, a escondidas. Lo descubrí buscando posibles tumbas.

La pareja y el lobo asomaron sus cabezas y pudieron ver una factoría en toda regla. Había una cadena de montaje en la que manipulaban operarios, que a su vez podían ser humanoides.

—Es una fábrica de robots-muñecos —musitó Langy.

—Hemos llegado al puesto clave.

—Si nos descubren, no podremos escapar.

A la vista había milicianos armados que vigilaban las salidas, pero lo que más llamó la atención de Langy fue ver una jaula metálica que colgaba de una cadena suspendida de una de las bóvedas.

—Mira, es una mujer enjaulada —señaló Langy.

—Sí, es cierto. Qué raro, está muy quieta.

—No se ve bien, pero parece muy hermosa.

—Es extraño que la tengan en esa jaula. ¿Será humana?

—Si fuera humanoide, ¿qué motivo habría para que estuviera encerrada en una jaula?

—No lo sé.

—Silencio, entran otros seres.

—¡Por todos los meteoritos del espacio, si son sewionícolas!

—¿Sewionícolas?

—Sí, creí que los teníamos a más de un millón de años luz de aquí; sin embargo...

—¿No serán copias también?

—Lo ignoro, pero si son sewionícolas se explica el motivo de la invasión.

—El que lleva la capa parece el más importante.

—Juraría que es Cromdow, el emperador de Sewion.

—¿Le conoces?

—No, pero vi una grabación en la que aparecía él. No se me olvidará nunca.

Langy cogió por el brazo a Alios Koel y se lo oprimió con fuerza.

—Allí, allí, al fondo... Es mi tío, sí, es mi tío.

—Tiene un aspecto venerable, pero no parece torturado y si está con los sewionícolas, construyendo humanoides que suplantan a los seres humanos para realizar una invasión astuta y difícil de descubrir, no cabe duda de que es culpable.

La muchacha bajó la mirada y asintió con un murmullo.

—Si, tengo que admitirlo.

En aquel momento, por unas órdenes que pareció dar el propio emperador de Sewion, la cadena de la que pendía la jaula en la que se hallaba encerrada la muchacha descendió hasta el suelo.

El doctor Polask se apresuró a acercarse a los barrotes para introducir sus manos y acariciar a la mujer allí encerrada.

—Parece conocerla bien. ¿Tú sabes quién es esa chica?

—No, y no cabe duda de que la adora.

—Tengo la impresión de que tu tío se ve obligado a hacer lo que hace por esa mujer de la jaula.

—¿Quieres decir que lo coaccionan?

—Sí.

—No sabía que mi tío amara a ninguna mujer.

—Creo que no es una mujer.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Langy al ver que Alios Koel preparaba su arma.

—¿Conoces la leyenda de Pigmalión y Galatea?

—¿El rey de Chipre que se enamoró de la estatua femenina que él mismo había modelado y que con sus súplicas consiguió que Afrodita le infundiera vida?

—Exacto.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi tío?

—Estoy seguro de que esa hembra humanoide es la obra genial de tu tío y ha enloquecido por ella. El emperador de Sewion se ha dado cuenta y lo coacciona, amenazando con destruirla posiblemente.

—Mi tío no puede estar tan loco.

—Lo que sí es evidente es que aquí se fabrican los humanoides que ocupan los puestos de los humanos que previamente son destruidos, eso es una invasión.

Apuntó con cuidado y a su lado Langy suplicó:

—No, no lo hagas.

A Alios Koel no le tembló el pulso. El rayo luminoso, ante la sorpresa de todos, atravesó los barrotes y dio en el blanco.

La bellísima Diana se inflamó, provocando como una sacudida en torno suyo. Todos se apartaron y al apagarse la luz blanca y vivísima, apareció de nuevo la figura de Diana, ahora ennegrecida. Ya no cabía duda de lo que era.

—Qué horror, Alios, tenías razón. Es una humanoide. Cables, relés, mecanismos chamuscados, un esqueleto electromecánico y no el esqueleto de un ser humano.

El doctor Polask lanzó un grito espeluznante, un grito que llenó toda la nave del templo.

No podía soportar aquella destrucción y cayó al suelo mientras los

sewionícolas gritaban y los milicianos humanoides corrían para emplear sus armas contra los intrusos.

—¡Que no escapen! —ordenó tajante el emperador de Sewion.

—No escaparán —gruñó el coronel Xarloc.

Cerca, muy cerca de ellos, el comandante Potter masculló:

—Esto puede ser el principio del fin.

CAPITULO XI

—Hay que salir de aquí de inmediato —le dijo Alios a Langy mientras los disparos llovían sobre ellos, estrellándose contra la pared y el techo y haciendo saltar esquirlas de roca.

No tardaron en quedar fuera del área de tiro, pero ya Alios había dejado en el suelo un paquete, oprimiendo un resorte.

—¿Qué es?

—Una carga termonuclear. Las utilizamos para buscar yacimientos.

Salieron por el agujero por el que entraron antes. Confiaban en tener el tiempo suficiente para escapar entre las rocas antes de que se les ocurriera buscarles allí.

—Espera, Alios, espera. No puedes...

—¿No puedo qué?

—Dejar el explosivo allí dentro, matarás también a mi tío.

—¿Es que no ha sido suficiente lo que has visto? ¿Dónde están los humanos que han sido suplantados por esos muñecos ideados por tu tío?

Langy se quedó sin respuesta. Alios la cogió por el brazo y comenzaron a descender por la montaña, entre las rocas. «Ricky» corría junto a ellos, pero se les adelantó y dio un gran salto por encima de una roca, desapareciendo.

Cuando llegaron al otro lado, en el suelo había un humanoide destrozado, chisporroteando.

—Bien, «Ricky», bien. ¡Corramos!

A distancia divisaron la entrada de las ruinas, los humanoides corrían de un lado a otro. Langy quería hablar, pero no podía; jadeaba, se asfixiaba, necesitaba aire. Alios Koel la obligaba a correr a una velocidad tal que apenas podía seguirle.

—¡No puedo más!

—¡Hay que correr o nos matarán!

Les descubrieron antes de llegar a la vegetación. Una patrulla trató de cortarles el paso, pero Alios Koel disparó su arma. Los humanoides saltaban hechos pedazos.

Langy, que en un principio vaciló, disparó también contra uno de los que trataban de coger a Alios por la espalda.

—Gracias —le dijo el hombre al darse cuenta de que Langy había dado en el blanco.

Lograron llegar al cañaveral donde les aguardaba el vehículo. Nada más introducirse en él, cuando las sirenas de alarma sonaban en la factoría de humanoides, se produjo una horrísona explosión que hizo temblar el suelo bajo el propio vehículo de Alios.

—¡Esto es un holocausto!

Había que alejarse de inmediato y Alios dirigió su AHC hacia el interior del río, desapareciendo bajo las aguas. En vez de descender a favor de corriente para iniciar la ruta de regreso, siguió contra corriente.

—¿Qué pasará ahora?

—Dentro de tres horas —dijo, tras mirar su reloj— se dispararán las cintas que he dejado grabadas en mi nave.

—¿Cintas?

—Sí. Saltará al aire el mensaje que he dejado grabado en toda la gama de ondas, un mensaje que si no es interceptado llegará hasta la mismísima Tierra y en estos momentos ellos tendrán otras cosas más de qué preocuparse. Hemos conseguido sabotear su factoría.

—¿Crees que los humanos terrícolas que hay en la metrópoli reaccionarán?

—Primero pensarán que se trata de una broma; pero no tardarán en darse cuenta de que los humanoides no tienen sentido del humor, habrá pelea por las calles.

—Será una matanza.

—Sí, morirá mucha gente; pero no podemos olvidar que esto es una guerra.

—¿Los invasores son los sewionícolas?

—Sí; ellos han pretendido invadirnos con los humanoides porque sabían que con un ataque frontal de las milicias espaciales contra las nuestras habrían sido derrotados, por eso han empleado la astucia. Querían meter al enemigo entre nosotros mismos y que no lo pudiéramos detectar, pero ha sido un fracaso.

—Y ahora, ¿adonde nos dirigimos?

—A una subcolonia que hay cerca de aquí. El profesor Shorensen debe estar esperándonos.

—¿Le diremos que mi tío ha muerto?

—Creo que, efectivamente, ha muerto con todo lo que había en el templo de la civilización desconocida, pero no podemos estar seguros.

—Allí también estaba el emperador de Sewion.

—Ha tenido tiempo de marcharse. No, no podemos estar seguros.

—Si pudieran venir unas naves terrícolas de choque, abortarían este inicio de invasión.

Alios Koel miró el salpicadero mientras su vehículo avanzaba bajo las aguas y todo lo veían de un azul verdoso.

—Aquí la corriente es más fuerte, debemos estar bajo la presa del lago. Tendremos que salir del agua.

—¿Nos buscarán por aquí?

—Es probable, pero por el momento los hemos dejado en plena confusión. Hemos de aprovechar el escaso tiempo que tenemos.

Alios Koel hizo salir a su vehículo de las aguas para deslizarse por encima de la tierra sobre el colchón de aire que proporcionaba los potentes motores del *atom-hover-craft*.

** *

Llamaron a la puerta del *bungalow*. El profesor Shorensen se hallaba en la cama, esperando a que se encendiera el avisador del televideofono, pero no ocurrió así.

Miró a su robot ortopédico, mas como los golpes insistían, optó por no meterse dentro del robot y fue a abrir directamente.

—Hola, profesor Shorensen.

—¡Doctor Polask!

El profesor Shorensen abrazó efusivamente al doctor Polask por la cintura. Después se separó de él, corrió hacia la cama y se subió a ella exclamando alegremente:

—¡Al fin le encuentro, doctor Polask! Fíjese, fíjese en mi robot ortopédico, es fabuloso.

—Parece incompleto, ¿no? —observó el doctor Polask mirando al gigante arrodillado cuyo pecho aparecía abierto.

—No, no está incompleto; es que yo voy dentro. Fíjese.

El enano científico se introdujo en el robot. Lo puso en pie hasta que él mismo se vio obligado a encorvarse para no chocar contra el techo.

—¡Fabuloso!

—Y corre y tiene fuerza.

—No esperaba menos de usted, profesor Shorensen. Juntos haremos grandes cosas.

—Para eso he venido. Creo que solo no llegaré jamás tan lejos como trabajando en equipo con usted.

—Tengo grandes planes para la construcción en serie de robots humanoides que pueden ser muy prácticos.

—¿Fabricar en serie?

—Sí, ¿le extraña?

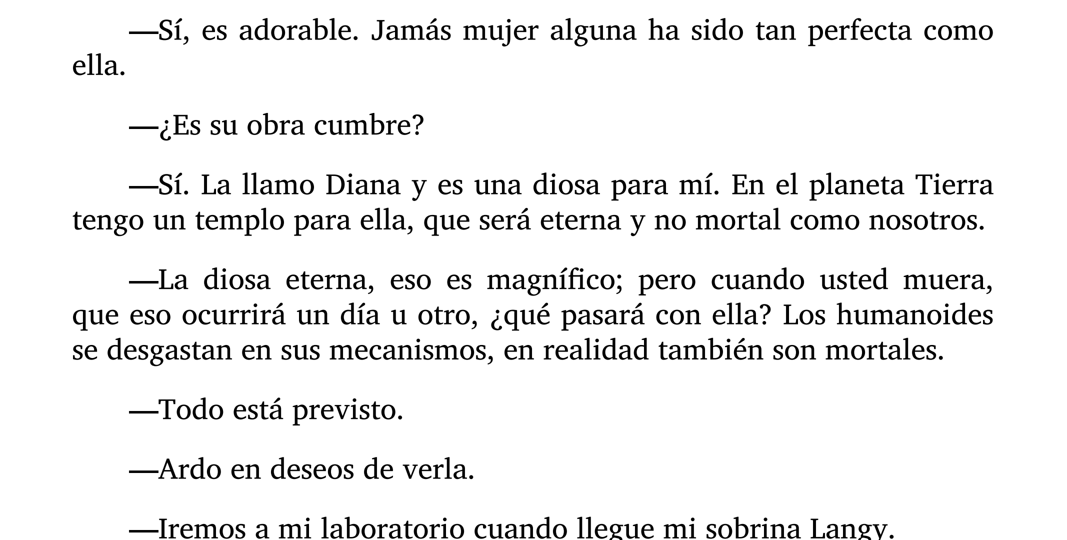
—Mucho. Usted no puede fabricar en serie, es un artista.

—Sí, cuando vea los modelos que he conseguido.

—Estoy ansioso por verlos —palmoteó Shorensen.

—Le asombrarán, se lo aseguro, y más mi hembra humanoide.

—¿Una hembra humanoide?



—Sí, es adorable. Jamás mujer alguna ha sido tan perfecta como ella.

—¿Es su obra cumbre?

—Sí. La llamo Diana y es una diosa para mí. En el planeta Tierra tengo un templo para ella, que será eterna y no mortal como nosotros.

—La diosa eterna, eso es magnífico; pero cuando usted muera, que eso ocurrirá un día u otro, ¿qué pasará con ella? Los humanoides se desgastan en sus mecanismos, en realidad también son mortales.

—Todo está previsto.

—Ardo en deseos de verla.

—Iremos a mi laboratorio cuando llegue mi sobrina Langy.

—¿Su sobrina? Ah, pues no sé dónde está.

Se escucharon unas pequeñas explosiones y a través de las ventanas vieron luces vivísimas.

—¿Qué es esto?

—No lo sé, parecen disparos de armas incinerantes —dijo el doctor Polask acercándose a la ventana.

En aquel momento irrumpieron en el *bungalow,* quemando la cerradura, Alios y Langy. Tras ellos, el fiel «Ricky».

—¡Profesor Shorensen!

—¡Alios!

—Tío, tío, ¿cómo estás aquí?

—Langy, te estaba esperando.

—¡Afuera había milicianos humanoides!

—¿Qué dice? —exclamó el profesor Shorensen, perplejo.

Ante la sorpresa de todos, «Ricky» gruñó de forma estremecedora y como una exhalación saltó sobre el doctor Polask.

—¡Alios, detenlo! —gritó la joven.

Alios no lo detuvo, acababa de comprender lo que ocurría.

La cabeza del doctor Polask rodó separada del tronco y ante la

sorpresa de todos asomaron cables y muelles por donde debían haber aparecido venas y tendones.

—No puedo creerlo —exclamó Langy, abrazándose a Alios.

—Es terrible. La suplantación había llegado tan lejos que habían suplantado al mismísimo doctor Polask.

—No entiendo nada —balbució el profesor Shorensen.

—Se trata de una invasión de los seres de Sewion que utilizan humanoides con apariencia terrícola para ir supliendo poco a poco a los humanos, especialmente a los que tienen cargos importantes.

—¡Esa es la obra de un loco diabólico!

EPILOGO

Cuando llegaron a la metrópoli, el caos era ya generalizado. Columnas de humo se elevaban en distintos lugares.

—Ha dado resultado tu voz de alarma —dijo Langy.

El profesor Shorensen, acogotado por la presencia del lobo vespuciano que estaba tras él, preguntó:

—¡Podré recuperar mi robot ortopédico?

—Naturalmente.

Alios condujo su vehículo hasta las oficinas de gobernación donde montaban guardia varios milicianos.

—¡Somos terrícolas! —gritó, y la respuesta fueron disparos contra ellos.

—¡Protegeos!

Saltaron del vehículo para protegerse dentro de otro edificio. Por su parte, Alios Koel se lanzó al suelo y en esa posición disparó su arma incinerando a los vigilantes de la puerta.

Corrió y entró en las oficinas, que halló deterioradas, vacías. Los humanoides debían estar luchando por las calles.

Poco a poco se adentró entre los despachos hasta que sorprendió una conversación.

—La situación es tensa, majestad —decía la voz del gobernador.

—Hay que resistir, volveremos a controlar la colonia.

—Se han perdido muchos milicianos. Les falta algo, no luchan acertadamente, están como desorientados.

—Eso es debido a un sabotaje que ha afectado al ordenador central; pero será reparado, gobernador Randolph. Obedezca.

Alios empujó la puerta y disparó contra el gobernador, abrasándolo; también era un humanoide. Después se enfrentó con la pantalla, el emperador de Sewion estaba frente a él.

—Su astuta invasión no ha dado resultado. Las fuerzas de choque

de la Confederación ya vienen hacia acá, están perdidos. Nosotros también tenemos controlada la metrópoli.

—Has ganado, terrícola; pero volveré en otra ocasión, volveré.

Se apagó la pantalla y desapareció la imagen del sewionicola. Alios Koel ignoraba si las fuerzas de choque estaban en camino o no, pero con sus palabras había provocado la retirada del emperador de Sewion hacia los lugares más ignotos del espacio sideral.

Cuando fue abatido hasta el último de los humanoides y se comprobó que aún quedaban dos compañías completas de milicianos, una expedición se dirigió a las ruinas para ver lo que había quedado tras la explosión.

Se comprobó que la factoría estaba totalmente destruida y allí se encontraron los cadáveres del comandante Potter y del doctor Polask. Lo demás eran restos de humanoides que nunca volverían a caminar.

—Esto ha sido una pesadilla —observó Langy.

—Una invasión bélica siempre es una pesadilla, pero ya ha terminado. ¿Crees que podrás arreglar mi asunto particular de la caducidad de licencia de explorador sideral?

Ella le miró fijamente y luego parpadeó.

—¿Eso es lo único que te interesa?

—Después de ti, sí.

La estrechó fuertemente y la besó en los labios, mientras «Ricky», bostezando, daba media vuelta y se alejaba para dejarlos solos en completa intimidad. Se había aprendido la lección.

FIN